EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

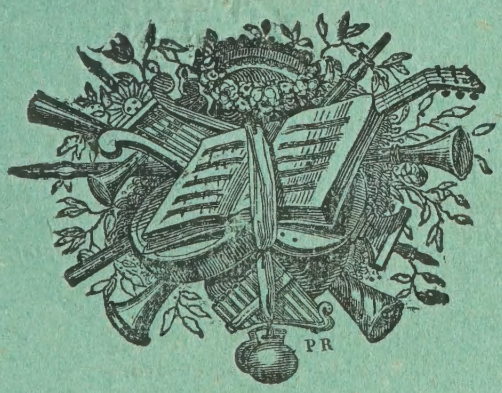
DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

LOS CIRCASIANOS,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

Olore



Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1860.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu víctima!
Antes que te cases.
A tientas.

Cada cual ama á su modo.
Cabrion y Pipelet, ó las desgracias de un portero.

Disfraces, sustos y enredos...
Dos pelucas y dos pares de anteojos.
De cocinero á ministro.
Dieguiyo pata de anafe.
¡Dos maridos! ¡qué ventura!
Delirium tremens.

El chal de Cachemira.
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El heroe de Bailen.
El suplicio de Tantalo.
El 24 de Febrero.
El cadete.
El amor por la ventana.
El destino.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
En Aranjuez y en Madrid.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
El amigo del Ministro.
El charlatanismo.
En el dote está el busilis.
Es un loco.
El arte de hacerse amar.
En paños menores.
El novio al óleo.
El tio Martin ó la honradez.
El exterminio de un inocente.
Gato por liebre.
Gramática parda.

Isabel I.

La herencia de un poeta.
La última noche de Camoens.
La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los quid pro quos.
Lluvias de estio.
Las aventuras de un gaban.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.
Moreno y ojos azules.

¡¡¡No es la Reina!!!

Paulina.
Piensa mal y errarás.
Por un reló y un sombrero.
¡Presente, mi General!

Simpatía y antipatía.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.
Una idea feliz.
Un anuncio en el Diario.
Viaje sentimental.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris (*Segunda parte*).
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.
Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreux.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.
Avaricia y despilfarro.

Cocinero y capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos.
Celos, despecho y amor.
Conde, ministro y lacayo
Corona y tumba, ó el rei
Sigerico.
Cárlos I de España.

Duda en el alma, ó el em
de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carpi
Don Alonso el Sabio.
Entre bobos anda el jue
El gran duque.
El pacto de sangre.
El velo de encaje.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El caballero de Harmen
El cardenal es el Rey.
El castellano de Tamari
El castillo del diablo.
El conde de Monte-Cris
mera parte.)
El conde de Monte-Cri
gunda parte.)
El conde de Herman.
El correo de Lion, ó el
la silla de postas.
El escudo de Barcelona.
El hijo del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una ma
El sereno de Glukstadt
El subterráneo del casti
El génio contra el pode
chiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey
El libro negro.
El judío errante.
En el crimen va el ca
condesa de Portugal.
En 1330.
El difunto Leonardo.
El molino de la ermita.
El corazon de un padr
Eugenia.
Eulalia.
En la cara está la eda
El tio Martin, ó la hon

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia
5242

LOS CIRCASIANOS.

Digitized by the Internet Archive
in 2020 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/loscircasianosza00arri

LOS CIRCASIANOS,

ZARZUELA ORIGINAL EN TRES ACTOS,

POR

DON LUIS DE OLONA.

MUSICA DE

D. EMILIO ARRIETA.

Decoraciones de D. Luis Muriel.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de la Zarzuela el 8 de Abril de 1860.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
ZELIA, circasiana.....	Doña Josefa Mora.
ISABEL.....	Doña Josefa Murillo.
ANDREA, su aya.....	Doña Maria Soriano.
KAIDE (1).....	D. Tirso Obregon.
DANIEL.....	D. Modesto Landa.
BELTRAN, escudero del Conde.	D. Vicente Caltañazor.
MULAK, circasiano.....	D. Ramon Cubero.
EL CONDE DE ROSEN.....	D. Francisco Calvet.
UN ALFEREZ.....	D. Francisco Arderius.
SAIN, circasiano.....	D. N. Rochel.

Circasianos de ambos sexos, soldados rusos, esclavas, aldeanos.

La accion en el Cáucaso, siglo XIV.

(1) *La parte musical del papel de Kaide ha sido escrita en su orígen para primer tenor, y asi se envia á provincias. El papel de Daniel pertenece á los primeros barítonos.*

La propiedad de esta zarzuela, la de

El Valle de Andorra.
Galanteos en Venecia.
Catalina.
Los Magyares.
Mis dos mujeres.
Amor y misterio.
El sargento Federico.
El postillon de la Rioja.
La cola del diablo.
El juramento.
Entre mi mujer y el negro.
La cotorra.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
Pablito, ó segunda parte de don Simon.
Las bodas de Juanita.
Los dos ciegos.
El amor y el almuerzo.
Amar sin conocer.
Casado y soltero.

pertenece á D. Luis de Olona, y nadie podrá sin su permiso reimprimirlas ni representarlas en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Los corresponsales del Sr. D. Prudencio de Regoyos, editor de la galeria lírico-dramática *El Museo Literario*, son los encargados exclusivos de su venta y cobro de derechos de representacion en dichos puntos.

ACTO PRIMERO.

Alegre campiña. Se ven en último término las montañas del Cáucaso. Un rio atraviesa en segundo término la escena, escondiéndose por detrás de una pobre ermita que hay en el centro hácia la derecha (1). Este rio es poco caudaloso por la izquierda, y se ven piedras que han sido colocadas en él para facilitar el paso del centro de la escena al proscenio. Del lado allá del rio, la orilla es practicable y está llena de árboles. Se la supone la entrada de una vega. Algunas colinas muy frondosas y un alto puente hácia el fondo izquierda. En el proscenio, á la derecha, una casa de regular aspecto. Á la izquierda un gran grupo de peñas llenas de musgo, y de las cuales sale un manantial formando una fuente.

La accion empieza por la tarde.

ESCENA PRIMERA.

Música en la orquesta. Todo respira silencio y apacible calma. ANDREA aparece sentada á la puerta de la casa, hilando tranquilamente. La orquesta ejecuta algunos compases. Durante ellos ANDREA continúa hilando silenciosa y sin levantar la cabeza. Despues de terminados, sentada y sin dejar de hacer labor, canta lo siguiente.

CANTO.

AND. Hilando, hilando,
pasé la siesta,
y el sol muy pronto

(1) Entiéndase por derecha é izquierda la del público.

declinará.
Lo anuncia el viento
de las montañas,
que oliendo á flores
cruzó fugaz.
En tu aroma de tomillo
te conozco, vientecillo;
tú no vienes de la sierra
sino cuando el sol se vá.
Hilando, hilando,
y hora tras hora,
de tu frescura
quiero gozar.
¡Te siento, si!
¡Te siento ya...
mis pobres tocas
acariciar!

(La música suena bulliciosa y alegre, y se oye dentro la voz de Beltran, que no sale hasta el momento de decir el tercer verso de la copla.)

ESCENA II.

ANDREA, BELTRAN.

CANTO.—ALEGRO.

1.ª COPLA.

BELT. (Dentro.) ¡Vaya si es placer
ir á coger albaricoques!
(Saliendo con un cesto en la cabeza, y vivamente,)
¡Vaya si es placer...
por la razon que yo me sé. (Con malicia.)

(Se echa á bailar en el proscenio á la izquierda. Andrea le dice desde su silla lo siguiente.)

LOS DOS Á UN TIEMPO.

BELTRAN.	ANDREA.
(Bailando sin hacer caso de Andrea y	(Con mal gesto.)

con el cesto en la cabeza.)
Trá lará lará lalá
trá lará larera.
Trá lará lará lalá
trá lará laré!

¡Gracias al señor!
¡Hora es de volver!
Fuera todo el dia,
¿qué teneis que hacer?

—

2.ª COPLA.

BELT. (Sin hacerle caso y dejando de bailar.)
¡Ay qué gusto dá
ir por las tardes á la vega!
¡Ay qué gusto dá...
lo que se suele allí encontrar!
(Se echa á bailar al rededor de la silla de Andrea.)

—

LOS DOS Á UN TIEMPO.

RELTRAN.

(Siempre con el cesto en la cabeza, y danzando en torno de Andrea.)
¡Trá lará larara
trá lará larera,
trá lará larara
trá lará lará!
(Beltran deja de bailar.)

ANDREA.

(Sentada, enfadándose y queriendo en vano alejar á Beltran.)
¡Ay! Estese quieto!
¿Vióse loco igual?
(Se levanta.)
¡Ay! ¡Que me marea!
¡Basta! ¡basta ya!

—

BELT. (Poniendo en tierra el cesto.)
No se incomode,
señora Andrea.

AND. (Enfadada.) ¿Qué significa
tanto bailar?
(Con fuerza de intencion.)
¡Algo me oculta!

BELT. (Haciéndole señas para que calle y diciéndole en voz baja.)
¡Chss! No lo niego.
Voy á contárselo
de pé á pá.
(Toma un aire de misterio, trae de la mano á Andrea junto al proscenio y dice dándole mucha importancia á las palabras como quien hace una gran revelacion.)

724860

Cuando salgo de casa
á cierta hora...
que no diré,
en un sitio... que c allo,
me encuentro... aquello
que yo me sé.
Por razones... que omito,
lo que allí pasa
reservaré.
(En tono concluyente.)
Y el resto.... lo suprimo,
visto lo claro
que me expliqué.

—

AND. (Confundida.) Ni una palabra
pude entender.

BELT. (Á Andrea.) Asi el secreto
guardará bien.

(Se separa de Andrea, y dice aparte con aire confidencial.)

—

ALEGRO.

BELT. (Ap.) ¡No sepa nadie
que por la vega,
voy tras la niña
que me embeles a!
No sepa nadie
que su desden
¡ay! es el premio
de mi querer!
(Piano.) ¡Lo callaré!
¡lo ocultaré!
¡El disimulo
válgame pues!
(En voz alta y muy alegre.)
¡Qué albaricoques!
(Señalando al cesto.)
¡Qué albaricoques!
¡Ir á cogerlos
es un placer!

—

LOS DOS Á UN TIEMPO.

BELTRAN. (Ap.)
(No sepa nadie
que por la vega
voy trás la niña
que me embelesa.
No sepa nadie
que su desden
¡ay! ¡es el premio
de mi querer!
(Piano.) ¡Lo callaré!
¡lo ocultaré!
¡El disimulo
válgame pues!)

ANDREA. (Ap. y mirándole de soslayo.)
(¡Tanto rodeo
dióme sospecha!
¡Algo me oculta!
¡algo me niega!
Pero mañana
lo he de saber,
pues á la vega
le seguiré.
(Piano.) ¡Le acecharé!
¡le atisbaré!
Disimulemos
por esta vez...)

(Los dos mirándose y señalando al cesto con gran animacion.)

(Fuerte.) ¡Qué albaricoques!
¡Qué albaricoques!
¡Ir á cogerlos
es un placer!!

(Fuerte.) ¡Qué albaricoques!
¡Qué albaricoques!
¡Ir á cogerlos
es un placer!!

HABLADO.

BELT. Probad uno, señora Andrea. Este. (Sacando un albaricoque del cesto.) ¡Mirad qué gordo! (Presentándoselo.)

AND. (Cogiéndolo.) ¡Ay, si! Dios lo bendiga. (Vá á comérselo y de pronto lo retira de la boca, exclamando.) ¡Válgame la Vírgen! Tomad. (Se lo devuelve á Beltran.) ¡Ya iba á quebrantar el ayuno.

BELT. (Comiéndoselo y con la boca llena.) ¿Pues qué, hoy es viernes?

AND. Todos los dias son buenos para hacer penitencia. Y por cierto que bien podíais tomar ejemplo de vuestra ama y de mí, en lugar de pasar el dia holgando por esos campos.

BELT. (Con mal humor.) Ya rezamos todas las noches el rosario. ¿Me he de estar siempre en casa?

AND. Peor estábais antes, siguiendo á nuestro amo el señor Conde en la conquista de este pais.

BELT. ¡Cá! Si yo no peleaba. Era forrajero... y me quedaba

con las acémilas. Por eso el señor Conde me ha enviado con vos... (Movimiento de Andrea.) al salir de nuevo á campaña.

AND. (Picada.) ¿Si? Ya sabrá lo bien que os portais. (Pausa.)

BELT. (Acercándose á ella y con acento cariñoso.) Vamos, señora Andrea. ¡Si yo soy muy bueno y os quiero mucho!—¿Quién os trae todas las mañanas un ramo de rosas para el altarito que teneis en vuestro cuarto? ¿Quién vá á la aldea á compraros bollos de aceite? ¿Quién os avisa cuando pasa algun circasiano por aqui, para que rocieis la puerta con agua bendita? (Dándole con el codo.) ¡Hum! ¡Desagradecida!

AND. No me hableis de circasianos, que me pongo á temblar. Cuando veo esas montañas del Cáucaso y pienso que detrás de ellas hay tanto enemigo de Dios...

BELT. Pero el señor Conde nuestro amo, que gobierna el pais, los ha puesto á raya, y bien duramente por cierto. Asi es que al partir al sitio de Derban hizo muy bien en sacar á su hija de esa condenada villa de Valka, y en tenerla en este valle, donde nadie nos conoce y cuyos habitantes aceptan de buena gana la dominacion rusa.

AND. ¡Dichosa dominacion! ¡No sé por qué nuestro Czar Ivan tercero quiere poseer esta tierra de salvajes! ¡Ay! Cuánto mejor no estábamos en Moscou...

BELT. ¡Eh! Qué diantre —Despues de todo, los circasianos no son tan mala gente.

AND. ¿Qué decis? ¡Unos infieles! Unos pícaros, que á ejemplo de los moros se casan con diez ó doce mujeres...

BELT. Si. Nos llevan esa ventaja.

AND. ¿Eh?

BELT. (Huy.) (Disimulando.) Quiero decir que tienen esa ventaja sobre las pobres circasianas.

AND. Buenas son ellas tambien .

BELT. ¡Oh! En cuanto á eso... ya sabeis que tienen una fama de... ¡ph! (Gesto de ponderacion.)

AND. ¡Qué! Os gustarian á vos...

BELT. (Ap.) (¡Ay! si supiera... (Alto.) ¡Psss! Segun. Algunas tienen tanta gracia... y seducen de tal modo...

AND. ¡Señor Beltran! ¿Cómo sabeis vos que seducen?

BELT. (Ap. y vivamente.) (¡Me vendí!) ¡Toma! si es fama...

AND. (Con sospecha.) ¿Qué haceis tantas horas en la vega de algunos dias á esta parte?

BELT. (Ap.) (¡Malorum!)

AND. (Acalorándose.) ¿Os figurais que yo soy tonta? Que no he llegado á sospechar... (Exclamando.) ¡Jesus María y José! ¡Me horrorizo al pensarlo!

BELT. (Vivamente.) ¡No es verdad! ¡Eso es una calumnia! (Ap.) (¡Cáspita! ¡Lo acertó!)

AND. ¡Hola! ¡Adivinais lo que quiero decir!

BELT. (Alzando la voz.) ¡Repito que es mentira! Estos albaricoques son testigos...

AND. (Mirando al interior de la casa.) ¡Callad, imprudente! ¿No veis que baja nuestra ama?

BELT. ¡Ay Dios mio! Ahora que recuerdo... Yo que le ofrecí volver á la aldea por si habia llegado algun correo de su padre...

AND. ¿Y os estais con esa cachaza?

BELT. Pronto vuelvo. (Yéndose apresurado.) Decid que no me habeis visto! (Se vá corriendo por la izquierda.)

AND. (Siguiéndole con la vista.) ¡Ah bellaco! Si el amo se hallara aqui...

ESCENA III.

ANDREA, ISABEL.

(Isabel aparece en el umbral de la puerta. Andrea exclama, dirigiéndose á ella, con sumo cariño y yendo á su encuentro.)

AND. ¡Qué hermosa estais con ese tocado! (Doña Isabel se adelanta lentamente.) ¡Envidia dá á las flores el rosicler de vuestras mejillas!

ISAB. (Sonriendo melancólicamente.) ¡Loca!

AND. Loca; sí. Loca me tienen vuestros hechizos. (Cogiéndole ambas manos y poniéndose á mirarla embelesada.) Dejadme contemplaros. ¿No quereis que tanto os ame cuando sois tan bella y tan buena?

ISAB. Con razon dice mi padre que pecas de indulgente conmigo.

AND. ¡Pues! (Soltándola.) ¡Como si él, con todo su aspecto severo, no fuera en eso peor que yo!... Bien se le saltaron las lágrimas el dia de su partida: y por mas que estiraba los ojos y tosia fuerte para disimular...

ISAB. ¡Oh! si. ¡Lo recuerdo!

AND. Ya veis que no tiene por qué reconvenirme. Yo hago lo mismo que él.

ISAB. (Cariñosamente.) Lo mismo, puesto que me quieres como una madre.—Pues bien.—Yo tambien te quiero mucho. (Con dulce naturalidad.) Deja que te dé un beso. (Le dá un beso en la frente.)

AND. ¡Ya lo echaba de menos! (Pausa. En tono familiar.) ¿Estais hoy mas alegre?

ISAB. (Con desaliento.) No sé.

AND. ¡Os vá cansando esta soledad!

ISAB. Al contrario. La prefiero á todo. (Vivamente.)

AND. Verdad es que siempre hemos vivido en tal clausura... Y sin embargo, ya no os veo, como en los primeros dias, correr por ese valle, saltar por entre las flores... (Isabel suspira.) ¡Subir cantando á la cumbre de esas colinas!...

ISAB. (Como buscando una disculpa.) La idea de que mi padre corre tantos peligros...

AND. Pronto, Dios mediante, le volveremos á ver. (Con sonrisa maliciosa.) ¡Vaya! ¡Levantad esos ojos, y confesad que otra es tambien la causa de vuestra melancolia.

ISAB. (Algo inquieta.) ¿Otra?

AND. Y no lo extraño. ¡Cómo no pensar en una boda tan brillante! En un caballero tan noble y tan rendido como el príncipe Juan! Negadme ahora que quedásteis prendada de él cuando os lo presentó vuestro padre.

ISAB. (Pensativa y triste.) ¡Es verdad!

AND. Por fortuna la guerra está á punto de terminarse... y el mal de la ausencia concluirá pronto tambien.

ISAB. ¡Calla por Dios! ¡No hablemos de eso! (Con angustia.)

AND. ¿Por qué?

ISAB. (Vivamente.) ¿Por qué? (Señalando.) Tiende la vista en derredor tuyo. ¿No ves qué hermosa está la vega con las suaves tintas de la tarde? ¿No oyes el son dulcísimo de ese rio que manso vá lamiendo las flores que crecen en su orilla? ¿No sientes este aire puro, esta calma apacible que inunda el corazon de consuelo y brinda con una felicidad desconocida? Pues bien. Arrancarme de estos sitios es para mí condenarme á una cruel tristeza! ¡á la mas inexplicable amargura!

AND. (Admirada.) ¡Isabel!... ¡No os comprendo, hija mia! (Con sobresalto y cariño.) ¿Qué extremos son estos? ¿Qué emocion es la vuestra?

ISAB. (Dominándose.) Ninguna, no: ninguna. Yo espero que estas ideas se disiparán. Si. Tú dices bien. Mi padre me destina á un noble y digno caballero! Á un hombre á quien yo creí amar... y á quien daré mi mano. (Tristemente.) ¡Si! ¡Es preciso!

AND. (Exclamando.) ¡Dios mio! Cuando tenemos diez y ocho años nos dan unas manías...

ISAB. No me hagas caso.

AND. ¿A quién se le ocurre querer pasar la vida entre estos matorrales?

ISAB. (Señalando á la ermita que hay en el fondo.) ¿Ves? La ermita está ya abierta... y es hora de ir á rezar nuestra oracion. (Se dirige lentamente hácia la ermita, marchando de espaldas al público.)

AND. (Todavia en el proscenio.) ¡Si! Eso importa mas que nada. ¿En dónde puse mi rosario? (Lo saca de un bolsillo.) ¡Ah! (Echa á andar detrás de Isabel.) Vaya, vaya: que se oyen unas cosas... ¿Eh? (Isabel se detiene cerca de la puerta de la ermita y mira con inquietud á derecha é izquierda.) ¿Qué mirais?

ISAB. (Vivamente.) ¿Yo? Nada. Creí que no me seguias. (Entra en la ermita.)

AND. ¿Pues no? (Entra en la ermita rezando estas palabras.) *Introibo in domo Dei nostri...* (Desaparecen. Música en la orquesta.)

ESCENA IV.

Á los pocos compases ZELIA Y DANIEL aparecen en la orilla opuesta, al frente izquierda del público.—Vienen lentamente. Zelia apoya su brazo izquierdo en el hombro de Daniel, y trae en la mano derecha un baston largo y tosco.—Al llegar á la orilla, se detienen.—Zelia se adelanta y apoyándose en el baston cruza el rio saltando por las piedras que hay en él.—Daniel la sigue del mismo modo.—Visten ambos trajes circasianos.—Al llegar á la orilla del proscenio, Zelia se manifiesta cansada y se detiene.—Daniel avanza un poco mas y vé que ella se ha quedado parada.—Todo esto acompañado de la orquesta.

CANTO.—ANDANTINO.

DAN. (Á Zelia con dulce y grave entonacion.)
Sombra te dá el ramaje,

frescura el claro rio;
ven, y el rigor mitiga
del ardoroso estio.

(Reparando en el manantial.)

Entre la verde roca
brotando el agua está.—
Ven, que sus ondas puras
tu sed apagarán.

(Zelia dá alguuos pasos.)

(Con cariño.) Sigue mi huella,
pronto verás
cuál tu fatiga
se calmará.
Mira la fuente: ¡ven!
¡Mira brotar
las ondas cristalinas,
del cándido raudal.

(La orquesta continúa.—Los dos se dirigen lentamente al manantial; llegan.—Zelia se inclina y bebe.—Todo esto en silencio y acompañado de la orquesta.—Cuando Zelia ha bebido, respira dulcemente y exclama, sin separarse los dos del manantial.)

ZELIA. ¡Ya el pecho alienta!

DAN. (Con cariñosa inquietud.)
¡Qué fatigada!

ZELIA. (Dulcemente y con sencillez.)
No, hermano mio,
no temas nada.

DAN. ¡Vaga tu vista!
¡Siéntate aqui!

(La sienta al pié del manantial y él se sienta á su lado.)

ZELIA. (Con decaimiento.)
Pienso que el sueño
me vá á rendir.

—

DAN. (Con gran interés.) ¿Nuevas ningu nas
de Derban traes?

ZELIA. (Con decaimiento.)
Nuevas ningunas
pude adquirir.

(Desmayadamente.)
Corriendo en va no...

DAN. (Inquieto y levantándose.)

¿Qué tienes? ¿Dí?

ZELIA. Siento que el sueño
me vá á rendir.

LOS DOS Á UN TIEMPO.

ZELIA. (Durmiéndose.)

¡Qué dulce calma!
¡Déjame aqui!
¡Me rinde el sueño!
¡Quiero dormir!
(Se queda dormida.)

DANIEL. (En pié, pensativo y ap.)

¡Mortal zozobra
se agita en mí!
¿Cuál es, oh patria!
¿Tu suerte en fin?
(Pequeña pausa.)

—

ZELIA. (Entre sueños.)
¡Daniel! ¡Hermano mio!

DAN. (Acercándose.)
¡Zelia! (La mira.) Durmióse ya.
(Contemplándola con afecto.)
Sola en él mundo,
por mí amparada,
(Con tristeza.)
nombre de hermano
siempre me dá!

—

DAN. (Á Zelia, dormida.)
¡Fiel compañera mia!
¡Luz de mi soledad!
¡Cuándo será aquel dia
de amor y libertad!
¡Suena en mi noble tierra
grito de santa guerra!
Y aunque por tí me muero,
mudo mi labio está!

—

(Con gran ternura y pasion.)
¡Diérate yo mi vida! ¡ay!
¡Diérate yo mi vida!
(Con energia.)

¡Mas no! ¡Que á costa de ella
mi patria he de salvar!
(Dulcemente.) ¡Duerme en paz!
¡Duerme en paz!
Este amor
no sabrás!
(Con fuerza.)
¡Que á costa de mi vida
la patria he de salvar!

(Se queda contemplándola. Cesa la música. Pausa. Por entre los árboles sale una voz que dice:)

UNA VOZ. ¡Daniel!

ESCENA V.

DANIEL vuelve la cabeza, aunque sin separarse de ZELIA. SAIN, circasiano, aparece entre los árboles y desde allí exclama con misterio.

SAIN. ¡Daniel! Soy yo.

DAN. (Se acerca vivamente á él.) ¿Qué me quieres?

SAIN. (Avanzando hácia el proscenio.) La noche se aproxima... y ni una lanza enemiga asoma por la vega.

DAN. (Con interés.) ¿Y Kaide? ¿Qué es de Kaide?

SAIN. Nadie le ha visto. El hijo de nuestro antiguo caudillo no se apresura á vengar á su padre.

DAN. ¡Ten la lengua! ¿Cuándo salió Kaide de nuestras montañas, que no fuera para asombrarnos con algun ejemplo de valor?

SAIN. Pero hoy que el enemigo se ha hecho dueño de esta tierra.. hoy que amenaza á Derban, la mas bella y rica de nuestras ciudades...

DAN. Pronto se volverá fugitivo á sus heladas regiones, si es que no le sepultamos antes en el profundo seno del mar Caspio. Sain, ¿nuestras atalayas ocupan las alturas?

SAIN. Y se darán unos á otros la señal convenida, si divisan por los caminos gente armada.

DAN. Como ninguna llegue esta noche, nada se opondrá á que pronto penetremos victoriosos por las antiguos muros de Valka.

SAIN. ¿Quieres que nos informemos en la aldea?...

DAN. Si.—Aguarda un instante. (Se dirige adonde está Zelia. Sain

le sigue. Los dos la miran, pequeña pausa.)

SAIN. (En voz baja.) ¿Zelia duerme?

DAN. (Id.) Me duele turbar su reposo.—¡Mírala qué hermosa!

SAIN. ¡Mucho le debió siempre á tu cariño!

DAN. (Con expresion.) ¡Mucho! ¡Si! (Siempre en voz baja.) Partamos. Ella conoce el pais... y á nadie inspira el menor recelo.—Sígueme. (Daniel y Sain se van vivamente.)

ESCENA VI.

ZELIA dormida.—ISABEL saliendo de la ermita, siguiendo á ANDREA, que viene rezando aun.

AND. (Viniendo hácia el proscenio.) *Per omnia secula seculorum... ¡amen!* (Guarda el rosario.) ¡Ajá! Ya hemos hecho algo por el alma. Voy ahora á preparar mi colacion. (Repara desde lejos en Zelia.) ¡Calle! ¿Qué es lo que estoy mirando? ¡Una mujer dormida!

ISAB. (Que venia lentamente, se adelanta con viveza.) ¿Una mujer? (Se acerca, vé á Zelia y dice.) ¡Y es bella!

AND. (Aproximándose algunos pasos exclama con terror.) ¡Vírgen Santa! ¡Si es una circasiana! (Escandalizada.) ¡Una infiel á las puertas de nuestra casa!

ISAB. (Que contempla con interés á Zelia, se vuelve á Andrea diciéndola.) ¡Oh! ¡Deja! ¿Eso qué importa?

AND. (Gritando cada vez mas.) ¡Háse visto descaro! ¡Qué horror! ¡Qué abominacion! (Á estos gritos Zelia se despierta y se incorpora vivamente, quedando sentada y apoyado un brazo en el asiento, sin reparar aun en Isabel y Andrea.)

ISAB. (Vívamente y en voz baja á Andrea.) ¿Por qué la has despertado? (Pausa.)

ZELIA. (Echándole de menos.) ¡Daniel! ¡Daniel!

AND. (Ap. y observándola.) ¡Ay! ¿si llamará al demonio?

ZELIA. (Para sí.) ¡No está! (Reparando en Isabel y Andrea.) ¿Qué me quereis? ¿Por qué me mirais asi?

AND. (Á Zelia bruscamente.) Yo miro, porque... (Zelia se vá levantando lentamente.)

ISAB. (Á Andrea interrumpiéndola.) ¡Calla! ¿Qué mal te ha hecho esta pobre jóven?

AND. (Insistiendo.) Me ha hecho... ¡que yo no quiero tratar con infieles!

ZELIA. (Ya en pié y con cierta ironia.) ¡Aah!

ISAB. (Á Andrea.) Pues bien: vete allá dentro... y se desvanecerán tus escrúpulos. (Zelia las escucha atentamente.)

AND. ¿Y vos os quedais sola con esa mujer?

ISAB. Si. Por curiosidad. Me inspira simpatias.

AND. ¡Isabel!

ISAB. Yo te lo mando.

AND. ¡Siquiera ved si la podeis convertir.

ISAB. (Sonriendo.) Quizás. Vete. ¿No ves que la asustas?

ZELIA. (Sonriendo á Isabel.) ¡Oh! No lo creais, señora.

AND. (Ap.) ¡Qué voz tan dulce tiene la condenada!

ISAB. ¡Andrea!

AND. Bien, si. Ya me marcho. (Entra en la casa, no sin mirar de reojo á Zelia.)

ESCENA VII.

ISABEL, ZELIA.

ISAB. (Afectuosamente á Zelia.) No la guardeis rencor.

ZELIA. ¡Rencor! No le conoce mi alma, y solo debo agradecer vuestra bondad. (Pausa.)

ISAB. Sois cortés.

ZELIA. (Sencillamente.) Soy sincera.

ISAB. ¡Y hermosa!

ZELIA. ¡Quién puede parecerlo á vuestro lado?

ISAB. ¿Venis de muy lejos?

ZELIA. Mi aldea está en el seno de esa sierra. El calor y la fatiga me rindieron... y me quedé dormida.

ISAB. Creí haberos oido pronunciar un nombre.

ZELIA. El de mi hermano. Le llamo asi, señora, porque huérfana, y sola en este mundo, él se compadeció de mí, amparándome con noble generosidad.

ISAB. (Con afecto.) ¡Pobre jóven! ¿Y cuál es vuestro porvenir?

ZELIA. ¡El de mi patria! Por defenderla perdimos todo cuanto poseiamos, y solo nos quedó la vida, para sacrificársela cuando el momento llegue.

ISAB. (Con pena.) ¡Qué! ¡Todavia se abrigan en vuestro corazon sentimientos de venganza! ¡Tanto odio nos profesais!

ZELIA. (Con natural franqueza.) Á vos, no. Desde que os he visto... os he amado.

ISAB. (Con interés.) ¿Por qué?

ZELIA. Á veces, señora, el afecto y la confianza no se explican. Son... como una luz, cuyo resplandor ciega, sin que podamos distinguir sus colores. Os miro... y no sé por qué, me pareceis digna de mi amistad.

ISAB. Entonces... poned á prueba la mia. ¿Puedo hacer algo por vos? ¿Por vuestro hermano? ¿Por alguna persona, en fin, que os sea querida?

ZELIA. (Vivamente y con emocion.) ¿Querida? (Suspirando con placer.) ¡Oh!

ISAB. (Con interés.) ¿Suspirais? ¿He despertado quizá en vos algun triste recuerdo?

ZELIA. (Vivamente.) ¿Triste? ¡Ah, no, señora, no! Al contrario. Este suspiro es un eco alegre de mi alma! Es... el ay dulce de un misterioso amor.

ISAB. ¿Misterioso? (Conmovida.) ¡Qué! vos tambien... (Se contiene.)

ZELIA. ¿Qué decis?

ISAB. (Turbada.) ¿Yo? No sé. Os preguntaba...

ZELIA. Nadie, ni mi hermano mismo sabe este secreto que ahora se escapa de mis labios. Pero bien, he de daros una prueba evidente de la confianza que me inspirais. ¿No es cierto?

ISAB. ¡Oh! si.

ZELIA. Vos ademas no podeis conocer al objeto de mi cariño...

ISAB. ¿Y él os corresponde?

ZELIA. Él ignora que yo le amo. Antiguo y fiel amigo de mi hermano, los tres hemos sufrido juntos las desgracias de nuestra patria.

ISAB. (Cariñosamente.) Pues bien, habladme de él. Yo comprendo lo que puede gozar un corazon confiando el secreto de su cariño. Quereis mucho á ese hombre, ¿no es verdad? ¿Merece vuestro amor?

ZELIA. (Vivamente.) ¡Que si lo merece! ¡Ah! ¡oidme... si es que yo alcanzo á explicar lo que él vale!

CANTO.

ESTROFAS.

Rápido cruza la vega

en su tordillo mi Kaide,
y su carrera atrevida
roba las alas al aire.
Noble, galan, valeroso,
emprendedor como nadie,
quien no le teme le admira,
quien no le envidia, le aplaude.

—

¡Ay! ¡mi pasion
pintaros no puedo!
¡Asi que él se vá
sin sombra me quedo!
¡Y á cada alborada
que miro brillar,
exclamo afanosa...
«¡Mi Kaide! ¡Ven ya!»

II.

Nadie le gana en destreza,
ni hay quien en danzas le iguale;
ni hay en la sierra un mancebo
mas seductor y arrogante.
¡Queman de amor sus miradas,
no tiene igual su donaire,
y es tan alegre su risa
como la risa de un ángel!

—

¡Ay! ¡Mi pasion
pintaros no puedo!
¡Asi que él se vá
sin sombra me quedo!
Y á cada alborada
que miro brillar,
exclamo afanosa...
«Mi Kaide. ¡Ven ya!» (Cesa la música.)

HABLADO.

ISAB. ¡Oh, si! ¡Comprendo ese deseo! ¡Esa mortal angustia con que esperareis hora tras hora el instante de vol-

verlo á ver! Instante venturoso... porque no os amenaza una separacion eterna! (Con tristeza.)

ZELIA. (Estremeciéndose.) ¿Eterna? Me moriria entonces, señora. ¡Porque Kaide es mi vida! Porque si el dia que él supiera mi secreto me dijese... Zelia, renuncia á ese cariño... ¡Oh! ¡Esta idea me hace callárselo por miedo de mí misma!

ISAB. ¿Qué hombre no se tendrá por dichoso, siendo amado de vos?

ZELIA. Bien hice en creeros digna de mi confianza. Vuestras palabras me prestan ánimo y consuelo. ¿Aceptais mi amistad con la misma franqueza con que yo os la ofrezco?

ISAB. Solo para haceros todo el bien posible. La religion que profesais, me impide...

ZELIA. ¡Es decir que no nos volveremos á ver!

ISAB. Yo debo abandonar pronto estos parajes... y no seré dueña de mi voluntad.

ZELIA. El cielo os haga tan dichosa como vuestra bondad merece. Y si alguna vez os acordais de esta casual entrevista, pensad en que mi afecto hácia vos será siempre leal y sincero. (Hace un movimiento hácia el fondo de la escena.)

ISAB. ¿Os vais?

ZELIA. Si. Me esperan en la montaña y ya empieza á anochecer.

ISAB. (Ap. con inquietud,) ¡Á anochecer! (Alto.) No os olvidaré, Zelia. Adios... y él os proteja. (Zelia la saluda. Isabel entra en la casa.)

ZELIA. (Sola, mirándola marchar.) ¡Él proteja tambien tu vida y tu hermosura! (Cambiando de tono.) Ya es tarde. Mucho me he descuidado. Corramos á mi puesto. (Se dirige hácia la izquierda. En este momento se oye la voz de Beltran dentro.)

BELT. (Dentro.) ¡Señora Andrea! Señora... (Sale corriendo por la izquierda, y al ver á Zelia se detiene exclamando con alegria.) ¡Cielos!!

ZELIA. (Retrocediendo.) ¿Quién vá? (Vá oscureciendo lentamente.)

ESCENA VIII.

ZELIA, BELTRAN.

BELT. ¡Es ella! ¡La circasiana de mis pensamientos!

ZELIA. (Que manifiesta reconocerle.) ¿Otra vez en mi presencia? (Con enojo.)

BELT. ¡Siempre! ¡Yo no vivo sin tener presente tu presencia!

ZELIA. (Sonriendo con desprecio.) ¡Necio!

BELT. (Ap. contento.) (¡Se rie!) (Á Zelia.) ¡Te ries!

ZELIA. Si tal. ¡Déjame!

BELT. (Cerrándole el paso.) Escucha por todos los santos.

ZELIA. No. (Con energia.)

BELT. ¡Deja que te convierta!

ZELIA. (Indignada.) ¡Á mí!

BELT. Si. En mi mujer. Y te alegrarás. Los cristianos no tenemos mas que una... salvo algun trapicheo...

ZELIA. ¡Vióse menguado!

BELT. ¿Me dejas acompañarte? (Viveza en el diálogo.)

ZELIA. No.

BELT. ¿Podré verte mañana? Yo quiero verte mañana.

ZELIA. Te empeñas en vano.

BELT. (Picado.) ¿Si? (Con resolucion.) ¡Yo te buscaré! Yo sé cuál es tu aldea.

ZELIA. (Con cierto aire de amenaza.) Pues bien. ¡Vé allí si tienes valor!

BELT. (Contento.) Una cita. ¿Me das una cita? (Cayendo á los piés de Zelia.) Ah, lucero de la maña...

AND. (Apareciendo en la puerta y viéndole de rodillas.) ¡¡¡Jesus!!! (Santiguándose repetidas veces.)

ZELIA. (Dándole un empellon y yéndose.) ¡Aparta! (Se vá.)

BELT. (Levantándose aturdido.) ¡El aya! (Á Andrea vivamente.) ¡Es mentira! Vos no habeis visto nada!

ESCENA IX.

BELTRAN, ANDREA.

AND. ¡Ah, hereje! ¡Embustero! (Gritando.)

BELT. ¡No es verdad! ¡Eso es que yo venia corriendo y dí un tropezon!

AND. Id á confesaros ahora mismo.

BELT. ¡Estoy de prisa! Traigo una carta que ha llegado del señor Conde. (La saca.)

AND. (Impidiéndole el paso.) ¡Aqui no entra nadie en pecado mortal!

BELT. (Dando voces.) ¡Señora! ¡Señora!

AND. ¡Pero cómo puede gustarle una infiel!

BELT. ¡Yo me entiendo! (Llamando sin que Andrea le deje pasar.)

ESCENA X.

DICHOS, ISABEL, saliendo vivamente de la casa.

ISAB. ¡Dios mio! ¿Qué pasa?

(Andrea vá á hablar, pero Beltran con la velocidad del rayo, le pone la mano derecha en la boca, y con la izquierda alarga á Isabel la carta.)

BELT. (Á Andrea.) ¡Punto en boca! (Á Isabel.) Esa carta de nuestro amo.

ISAB. (Cogiéndola vivamente.) ¡De mi padre! (La abre, y lee para sí.)

BELT. (Se vuelve á Andrea y en voz baja y amenazadora, la dice haciéndola poco á poco retroceder hasta los bastidores de la izquierda mientras Isabel lee.) Si decis una palabra no os traigo mas bollos, aunque me lo supliqueis de rodillas!

AND. (Retrocediendo aturdida.) Pero...

BELT. (Continuando.) ¡Si decis una palabra, cuento que ayer me poniais los ojos tiernos!

AND. (Aterrada.) ¡Ay! ¡Callad por la Vírgen!

BELT. (Talareando para disimular y haciéndole al mismo tiempo señas á Andrea para que calle.) Taralarí... (Sério.) Talararó... (Sério.) ¡Tiririrí!...

ISAB. (Viniendo cerca de ellos, conmovida.) ¿Quién te ha dado esta carta?

BELT. El señor burgomaestre de la aldea.

AND. (Pasando al lado de Isabel.) ¡Qué emocion! ¿Dice algo que deba entristeceros?

ISAB. No. Mi padre vá á llegar de un momento á otro.

AND. ¿De veras?

BELT. ¡Que me place!

ISAB. El czar no ha querido que permaneciera por mas tiempo lejos de este pais... y vuelve hoy mismo para condu-

cirme en seguida á Valka... donde segun me anuncia se celebrará mi boda. ¡Oh! (Casi llorando.) ¿Lo ves? ¡Van á casarme!

AND. ¿Y qué?

BELT. Mejor.

ISAB. (Á Beltran.) ¡Calla! (Afligida.)

BELT. (Ap.) (¡Hombre, esto si que es raro! Una mujer que llora porque se casa, en vez de llorar para que la casen!)

AND. ¡Dios mio!... ¡Ese llanto me pone en un mar de confusiones! ¿Qué teneis? Afligiros cuando vais á ver á vuestro padre...

ISAB. ¡Tienes razon! ¡Soy muy ingrata para con el cielo! (Afligida.) Pero esa boda...

AND. ¡Esa boda es como cualquiera otra!

BELT. Ajá. Y al fin... Un marido no es ninguna fiera.

AND. (Á Isabel.) Si hubierais tenido tres, como yo...

BELT. (Con naturalidad.) ¡Toma! Todavia no sabemos...

AND. (Volviéndose enfadada á Beltran.) ¿Qué estais charlando vos, papanatas? Ocupaos en poner la mesa, que ya es hora de hacer colacion.

BELT. Si. No tardarán en dar las oraciones.

ISAB. (Estremeciéndose.) ¡Las oraciones! (Se ven cruzar por distintos lados del fondo, y á lo lejos, dos ó tres grupos de segadores separados unos de otros.)

AND. (Señalando.) Como que ya se retiran los segadores á sus casas. (Se oyen campanas dentro y lejos.) Dicho y hecho. ¿Ois las campanas de la aldea?

ESCENA MUDA.

Música en la orquesta. Se oye un lejano y sencillo toque de campanas. Los segadores se detienen, se descubren y se quedan en actitud de orar. Isabel, Andrea y Beltran se quedan tambien inmóviles figurando que rezan. Despues de una larga pausa y siempre acompañando la orquesta con una sencilla y religiosa melodia, los segadores se cubren y se van lentamente por distintos lados hasta desaparecer. Andrea coge su rueca y hace señas á Beltran para que le ayude. Este la obedece y entran en la casa llevándose la rueca, la silla y el cesto de albaricoques. Isabel se queda sola y muy pensativa. Las campanas cesaron. La orquesta continúa ya con otro carácter de música. Al mismo tiempo Isabel exclama.

ISAB. (Hablado, con orquesta.) ¡Dios mio! ¡Para obedecer á mi padre!... para dar lealmente mi mano y mi corazon al

noble esposo que me destina... ¡haced que yo olvide este insensato amor! ¡Prestadme la energia que me falta! (Kaide, vestido de caballero ruso, aparece en el foro. Pausa. Isabel continúa sin verle.)

ISAB. Esta es la hora acostumbrada. ¿Por qué vacilo? Pronto. ¡Huyamos de aqui! (Se dirige velozmente á la casa, pero Kaide se le presenta. Isabel retrocede. Golpe de orquesta.)

ISAB. ¡Cielos!! (Se queda indecisa.)

ESCENA XII.

ISABEL, KAIDE.

CANTO.

KAIDE. (Deteniendo á Isabel con suma dulzura y cortesania.)
¿Adónde, mi tesoro,
mi bien, hermosa mia,
adónde vais turbada?
adónde fugitiva?
¿No veis que ya la noche
tendió su sombra amiga?
¿No es esta ya la hora
que anhelo todo el dia?
(Apasionado.) Con mas amor que nunca
os vuelvo, niña, á ver.
¡Miradme cariñosa
ó muero á vuestros pies!

—

ISAB. (Ap.) (¡Por qué, ay de mí,
por qué le amé!)
KAIDE. (Continuando.) ¡Con mas amor que nunca
os vuelvo, niña, á ver!

—

LOS DOS Á UN TIEMPO.

KAIDE.
¡Miradme cariñosa
ó muero á vuestros pies!

ISABEL. (Ap.)
¿Por qué, desventurada,
le dí mi tierna fé?

—

KAIDE. ¿Qué os atormenta?
¿Qué os dá recelo?
¡Fiel y rendido
me veis aqui!
¡Decid... decid!
¿Por qué os encuentro,
mi bien, asi?

—

ISAB. (Separándose de él, exclama en un arranque de dolor.)
¡Jamás al valle fuera
donde me vió...
donde le ví!...
¡Jamás por él sintiera
la ardiente llama
que siento en mí!
¡Sal, ay, del pecho,
pasion tirana!
Yo mis deberes
sabré cumplir.
¡Pero al mirarle
de pena muero!
¡Perdona, oh padre,
mi frenesí!

—

LOS DOS Á UN TIEMPO.

ISABEL. (Ap.)
¡Sal, ay, del pecho,
pasion tirana!
Yo mis deberes
sabré cumplir!
¡Pero al mirarle
de pena muero!
¡Perdona, oh padre,
mi frenesí!

KAIDE. (Á Isabel.)
De vuestros ojos
la luz me falta.
¡Miradme, hermosa,
miradme en fin!
¡Que sin los rayos
de esos luceros,
ni un solo instante
podré vivir!

LOS DOS.

¡Jamás al valle fuera
donde me vió...
donde le ví!

¡Bien haya el valle ameno
donde me vió,
donde la ví!

¡Jamás por él sintiera
la ardiente llama
que siento en mí!
(Cesa la música.)

¡Con sola una mirada
ardió la llama
que siento en mí!

HABLADO.

KAIDE. (Cogiendo á Isabel suavemente de la mano y con suma dulzura.) Venid. (Conduciéndola al pié del manantial.) Sentaos aquí: á mi lado, como todas las noches.

ISAB. (Sentándose maquinalmente, dice aparte con voz apagada.) (¡Dios mio!)

KAIDE. (Que se sienta á su lado, y le dice á media voz y muy cariñoso.) ¿Qué teneis? ¿Qué agitacion es esa?

ISAB. (Sin saber qué decir.) Vuestra llegada repentina... El temor de que me sorprendan...

KAIDE. Tranquilizaos. Si algun ruido sentis, será el rumor del viento... ó el eco de esa corriente. La luna tardará en salir. Nadie nos oye... y podeis sin recelo decirme... ¿No lo adivinais, mi bella señora?... Son dos palabras no mas.

ISAB. (Sin comprender.) ¿Dos palabras?

KAIDE. (Sonriendo.) Si. (Marcándolas.) «Os amo.»—¿Cuándo las pronunciarán vuestros labios?

ISAB. (Con decaimiento.) Ahora menos que nunca.

KAIDE. (Dulcemente.) Menos que nunca... ¿y me respondeis ademas con aire tan esquivo? ¡Veo que desconfiais de mí. ¡Oh! no tengo duda. Desconfiais. (Con tono mas grave.) Pues bien, Isabel. Mi nobleza puede competir con la del mismo czar; mi espada ha brillado gloriosa en los torneos y en los combates. Aseguradme de vuestro amor... y yo os revelaré el secreto de mi vida.

ISAB. (Lentamente.) No pretendo penetrar ese secreto.

KAIDE. ¿No? (Afectuosamente.) Os creo. Yo tampoco sé nada de vuestra condicion, de vuestra familia. ¿Qué nos importa todo eso, no es verdad? Oidme, Isabel: porque si ahora os callo mi nombre, puedo en cambio confiaros... hasta el mas íntimo sentimiento de mi corazon.

ISAB. (Queriendo interrumpirle.) ¡Oh! Yo os suplico...

KAIDE. (Con noble sinceridad.) El rumor de las armas, los ecos de la guerra, los juramentos de venganza, han arrullado

mis sueños desde la niñez. Huérfano, triste, y viendo por dó quiera luto y lágrimas... mis ojos se volvian fatigados á una pobre huérfana como yo, siempre buena, siempre solícita para prestarme consuelos y esperanza en el porvenir. (Lentamente.) ¡Ella sola dulcificaba con su amistad mis penas! ¡Ella hubiera sido tal vez la mujer que yo hubiese amado un dia!

ISAB. (Se levanta, y dice con tristeza.) ¡Oh!

KAIDE. (Vivamente y levantándose con pasion.) ¡Pero os ví, Isabel! ¡Os ví cruzar por ese valle como una blanca paloma, como una celeste hurí, como la realidad de un amoroso sueño! Todo lo olvidé por vos. Mis pasos siguieron los vuestros, mis suspiros resonaron una y otra noche al pié de esa ventana. Y cuando empiezo á creer que os compadeceis de mi martirio, cuando me permitis que venga á vuestro lado... ¿Quereis que vuestro silencio no me desespere? ¿Que vuestro desden no me mate?

ISAB. (Agitada.) ¡Por compasion!... ¡Partid!

KAIDE. (Observándola con recelo.) ¡Extraño lenguaje! ¡Singular inquietud la vuestra! Hablad, Isabel.

ISAB. No puedo. Vuestro acento domina mi razon... y yo necesito que la razon venga en mi auxilio. ¡Dejadme! Dejad que para ser leal con vos, me dé el cielo las fuerzas que ahora me faltan. Mañana sabreis...

KAIDE. ¡Siempre mañana!

ISAB. Apresuraos. Ya me echarán de menos. La luna vá á aparecer... y es tan peligroso cruzar de noche la sierra... (Con interés.) ¿No os acompaña nadie?

KAIDE. Me basta mi espada.

ISAB. Pues bien. (Desprendiendo una crucecita de su cuello.) Que tambien os acompañe esta cruz.

KAIDE. (Se estremece y vacila en tomarla.) (¡Cielos!) (Ap.)

ISAB. (Alargándosela y sin que Kaide la tome.) Llevadla en vuestro cuello. Recuerdo de estas perdidas horas, ella será ademas vuestro mejor escudo. (Viendo la incertidumbre de Kaide.) ¿La rehusais?

KAIDE. (Decidiéndose vivamente y tomando la cruz.) Dadme, Isabel... dadme esa prenda de amor, y estad segura...

(Se detiene al escuchar la voz de Zelia, que suena lejos y se vá acercando. Música en la orquesta.)

AL MISMO TIEMPO.

HABLADO.

ISAB. (Despues de escuchar un momento.) ¡Viene gente!

KAIDE. (Ap.) ¡La señal de los nuestros!

ISAB. ¡Alejaos! Si me vieran...

KAIDE. Nada temais.

CANTADO.

ZELIA. (Dentro. Estribillo, aire de cancion.)

Laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá.

(Se vé el reflejo de la luna)

ISAB. (Á Kaide.) ¿No veis la claridad de la luna? ¡Huid!

KAIDE. ¡Un momento! (En este tiempo la luna se vé brillando en todo su esplendor, y Zelia aparece sobre el puente de espaldas á Isabel y Kaide y como dirigiendo sus ecos al valle y á la sierra. Su ademan es solemne, y la luz de la luna, que la baña en este momento, le dá cierto aspecto fantástico.)

CANTO.

(Que es la continuacion del estribillo, que no cesa hasta este momento.)

ZELIA. (Apareciendo.) ¡Alerta!

—

ISAB. ¡Qué significa!... (Con temor y en voz baja.)

KAIDE. (En voz baja.) Tranquilizaos. (Kaide é Isabel permanecen algo escondidos; pero á la vista del público, y escuchando con gran atencion.)

—

ZELIA. (Sin verlos y en lo alto del puente.)

¡Alerta! ¡Que asoma
por esa cañada
de opuesta bandera
la cruz plateada!
¡Alerta! ¡Que viene
guerrero tropel
en pos de un anciano
de noble altivez!

—

ISAB. (Ap. y hablado.) (¡Cielos, mi padre quizás!)

—

ZELIA. (Continuando.) ¡Atalayas
de la sierra,
la señal
suene ya!
(Dándola en una pequeña frase.)
¡Laralá! (Escucha.)

VOZ. (Dentro.) ¡Laraláa!

OTRA. (Mas lejos.) ¡Laraláa!

OTRA. (Mas lejos.) ¡Laraláaaa!

—

Á UN TIEMPO.

ZELIA. (Que á medida que canta se vá retirando muy lentamente.)
¡Laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá!

CORO LEJANO. ¡Amigos... alerta!
¡que en esa cañada
cristiana bandera
se ha visto asomar!

ECOS LEJANOS. (En otra direccion.)
¡Laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá!

(El coro y los ecos se van apagando hasta no oirse. Zelia desaparece por entre las colinas.)

HABLADO.

ISAB. (Cuando Zelia se ha ido, viene velozmente al centro proscenio, diciendo á Kaide.) ¡Oh! ¡Partid! Dejadme. Nuestro cariño es imposible!

KAIDE. (Conmovido) ¿Qué decis?

ISAB. Que ese anciano que llega es mi padre tal vez! Mi padre que ya ha dispuesto de mi mano!

KAIDE. Y me lo ocultábais. (Con energia.) No. Eso no será.

ISAB. (Dirigiéndose á la casa.) Dejadme, ó estoy perdida! Huid! (Entra velozmente y cierra.)

KAIDE. (Que la ha seguido algunos pasos, con gran ansiedad.) ¡Isabel! ¡Deteneos! ¡Una sola palabra! (En este momento sale Daniel. Al verle Kaide, retrocede sorprendido.) ¡Daniel!

ESCENA FINAL.

CANTO.

DAN. (Reconociéndole.)
¡Kaide! ¿Qué es lo que miro?
¿Tú en ese traje?

KAIDE. (Á quien la exasperacion domina.) ¡Si!

DAN. ¿Qué buscas?

KAIDE. (Con despecho.) ¡La venganza!
La muerte busco aqui!

—

(Diálogo agitado.)

DAN. (Consternado.)
Sabes que el cielo
nos abandona?

KAIDE. (Que no le escucha, mirando al valle y señalando con desesperacion.)
¿Sus armaduras
no ves lucir?

DAN. (Consternado á Kaide.)
¡Derban sus muros,
defiende en vano!

KAIDE. (Ap. sin escucharle y desesperado.)
¿Por qué te pierdo,
mi bien, asi?

DAN. (Notando la turbacion de Kaide.)
¿Qué tienes, Kaide?
¡Ven sin tardar!
Gente enemiga
se vió llegar!

—

La seña escucha,
sonando está.

—

Á UN TIEMPO.

KAIDE.
¡Daniel, venganza!
DANIEL.
De nuestro acero
la patria espera
su libertad!
KAIDE. (Ap.)
¡Suerte traidora!
DANIEL. (Llevándoselo.)
Ven. Apresúrate!

ZELIA y ecos dentro.
Laralá, laralá lá,
laralá, laralá lá,
laralá, laralá lá,
laralá, laralá lá,
laralá, laralá lá
laralá, laralá lá

CORO. (Lejos.)
Amigos, alerta,
que esa cañada,
bandera enemiga
se ha visto asomar.
Amigos, alerta,
oid la señal.

LOS DOS.

KAIDE. (Con fuerza.)
Del mundo entero
yo he de triunfar!

DANIEL. (Id.)
¡Aun á la patria
falta vengar!

(Daniel y Kaide se van velozmente.)

Cae el telon.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un pueblecito, situado en la pendiente de una alta montaña. Las calles, partiendo del segundo bastidor, se van elevando en cuestas y en formas irregulares por la pendiente misma. Algunas de estas calles tienen cobertizos ó arcos que dejan ver el interior de la poblacion. Otras tienen escalones groseramente marcados en la montaña. En una altura, una pequeña plaza dominando las casas que hay delante de ella y dominada á su vez por las que tiene á la espalda. Torrecillas, minaretes, etc. Como la montaña es frondosa, se ven asomar muchos árboles por entre los edificios. Un cauce á la derecha abajo. Á la izquierda en los primeros términos, varias tiendas ambulantes de lienzo que forman un pequeño mercado. Á la derecha en primer término la casa de Daniel. La vista general debe ser en extremo pintoresca.

ESCENA PRIMERA.

Música en la orquesta. Empiezan á asomar las primeras tintas del alba. Todas las puertas y ventanas de la aldea asi como las tiendas del mercado, estan cerradas. Únicamente por la ventana ó mirador de la casa de Daniel se vé á Zelia sentada dentro y con aire triste y pensativo. Al cabo de algunos compases, levanta la cabeza, mira con ansiedad hácia al pueblo, y manifestando con un gesto que no vé lo que desea, dá un suspiro y vuelve á la misma actitud de antes. En seguida y por el lado opuesto á aquel hácia el

cual miraba Zelia, sale Kaide con traje circasiano, envuelto en su capa y con aire de despecho.

KAIDE, deteniéndose agitado en el centro de la escena, mirando á un lado y otro y desembozándose.

CANTO.

RECITADO.

¡Nadie llegar me vió!
Ya el alba asoma.
Otra noche de afan
pasada en vano!
En vano ansioso allí
tantas veces volví.
¡Ah, sal del corazon...
amor tirano!!

—

¡Ay!!!
Mi apacible aldea,
mis amigos fieles;
¡cómo os olvidé!
¡Todo!
Todo por la ingrata
que la paz me roba
lo sacrifiqué.
Ciego de despecho,
loco de pesar
busco en mis hogares
calma y soledad.
Nada me sonrie,
nada espero ya!
¡Ay, en mí ya nadie,
nadie pensará!

—

¡Tormento inútil!
perdido afan!
¡Ay, en mí ya nadie,
nadie pensará! (Pausa.)

HABLADO.

KAIDE. (Despues de una pausa.) ¡No! ¡Desde aquella noche la ingrata huyó para siempre de mí! ¡En vano he vuelto una vez y otra al pié de sus ventanas!... ¡Ni un eco... ni una señal que consolara mi dolor ni que alentara mi esperanza! ¿Qué amor era el suyo, cuando tan fácilmente me olvida? ¿Quién es ese padre tirano, que de mí la separa? ¡Y yo vacilo... yo soy esclavo todavia de esta pasion fatal!... (Con recelo.) ¡Si alguno me hubiese visto... si descubriesen mi secreto!.. ¡No... las calles estan desiertas... (Mira en torno suyo.) Todos duermen!... ¡Yo solo velo con mis pesares... olvidado del mundo entero!

ZELIA. (Siempre sentada y pensativa, exclama sin verlo y como suspirando.) ¡Kaide!

KAIDE. ¿Quién pronuncia mi nombre?

ZELIA. (Id.) ¡Kaide!!

KAIDE. Es la voz de Zelia. (Se dirige hácia la casa y mira.) Si; hay luz en su estancia. Allí está. ¡Qué inmóvil! ¡Qué pensativa! ¡No comprendo!—(Llamándola.) ¡Zelia!

ZELIA. (Al oir su voz se levanta y corre á asomarse alegremente á la ventana.) ¡Ah... Kaide!... ¿Eres tú?

KAIDE. Yo soy, amiga mia. ¿Cómo te hallo tan temprano despierta?

ZELIA. ¿Vuelves ahora de la sierra?

KAIDE. Si.

ZELIA. ¿Nada te ha sucedido esta noche?

KAIDE. ¡No!

ZELIA. (Lentamente.) ¡Adios, Kaide! Voy á dormir tranquila. Hasta mañana.

KAIDE. ¿Qué dices? ¿No ves la luz del alba?

ZELIA. (Triste.) Si, es cierto. Las horas del sueño han pasado ya.

KAIDE. ¿Pronunciaste hace poco mi nombre?

ZELIA. ¡Siempre que te alejas de la aldea te aguardo sin sosiego, temiendo que vayas á correr algun peligro!

KAIDE. (Muy admirado y sorprendido.) ¡Cómo! ¿Velabas por mí?

ZELIA. ¿Lo extrañas acaso?

KAIDE. ¡Ah, pobre Zelia! ¡Nunca me abandona tu amistad!

ZELIA. (Vivamente.) ¿Abandonarte? ¿Qué estás diciendo? ¿Qué ideas te atormentan? ¿Por qué hace tiempo que todo revela en tí la mas profunda tristeza?

KAIDE. ¡Oh! ¡No lo creas!

ZELIA. (Melancólicamente.) ¿Cómo no he de creerlo, Kaide? ¿Vienes ya como otras veces á buscarme para danzar conmigo en nuestras fiestas, ó para consolarte de nuestra mala fortuna? Cuando llega la noche, ¿te asomas ya por ventura á mi puerta para desearme dulce y tranquilo sueño?

KAIDE. (Turbado.) Los cuidados de una próxima lucha....

ZELIA. ¿Y por qué no los has de compartir conmigo? ¡Juntos hemos soñado siempre con tu porvenir y tu gloria! ¡Juntos hemos tambien llorado ante el sepulcro de tu padre, noble mártir de su religion y de su patria! (Tristemente.) ¡Kaide! ¡Hace un mes que voy yo sola á decir mi plegaria!

KAIDE. (Ap.) ¡Cielos!

ZELIA. ¡Hace un mes que nuestros pobres amigos aguardan en vano que los guies á la victoria!...

KAIDE. ¡Zelia! ¡Si tú supieras que una sola idea ha esclavizado mi voluntad! ¡Si yo te revelara mi secreto!

ZELIA. (Vivamente.) ¿Tu secreto? Habla.

KAIDE. (¡Qué iba á decirle!)

ZELIA. No, no, espérame un instante. (Disponiéndose á bajar.)

KAIDE. (Vivamente.) Es inútil. ¡En vano pretenderias remediar mis penas!

ZELIA. (Con energia.) ¿Sabes tú por ventura de lo que mi alma es capaz? ¿Sabes que por verte feliz no habria sacrificio que yo no hiciera en el mundo? Habla. Yo te lo ruego.

KAIDE. ¡Imposible! Ya empieza á amanecer, y seria una imprudencia... ¡Adios!

ZELIA. Un momento.

KAIDE. No. Mas tarde nos veremos, y entonces... ¡Adios, Zelia! (Se vá vivamente por la derecha. Pausa.)

ZELIA. (Triste.) ¡Oh! ¡En otro tiempo no hubiera vacilado en confiarme sus penas! No sé qué extraño presentimiento... ¡Qué locura! Es mi secreto amor que de todo se alarma! (Se abre de pronto la puerta de la casa y aparece en el umbral Daniel, que mira á un lado y otro con recelo y ansiedad. En seguida dice en voz baja.)

DAN. (¡Nadie!)

ZELIA. (Que no lo ha visto y que continúa en la ventana de frente al público, exclama lentamente alzando los ojos al cielo.) Aurora que amaneces, vuélveme con tu luz la paz y la esperanza.

DAN. (Que al oir la voz de Zelia se ha puesto á escuchar con gran inte-

rés, dice en voz baja, lentamente y con aire receloso.) ¿La paz y la esperanza? No comprendo...

ZELIA. (Quitándose una flor que llevaba en el pecho.) ¡Pobre flor! Yo la guardaba para él...

DAN. (Ap.) ¡Qué oigo!

ZELIA. ¡Y la noche marchitó su frescura! ¡Ay! ¡vé á morir olvidada... como oculta vive mi pasion! (La deja caer abajo, se retira suspirando de la ventana y desaparece.)

DAN. (¡Cielos!) (Pausa. Se adelanta muy cautelosamente y pegado al muro. Llega al ángulo de la casa, mira con precaucion á la ventana y dice.) Ya no está. (Coge vivamente la flor del suelo. La contempla en silencio, y luego dice en voz baja.) ¿Para quién guardaba esta flor? ¡Ayer tambien velaba ansiosa... ayer tambien suspiraba en esa ventana!... ¡Y sin embargo... á nadie he visto! ¡Oh... á nadie, gracias al cielo! ¿De quién hablaba entonces? (Con fuerza.) ¿Quién me quiere robar asi la vida? (Reprimiéndose.) No, no. ¡Cómo ha de pensar Zelia en separarse de mí! ¡De mí, que la consagro cuantos sentimientos de amor abriga mi alma! ¡Oh, desdichado de aquel que se atreviera!... (Empieza dentro y lejos el canto que está á continuacion. Sain aparece por el fondo y le dice á Daniel gravemente.)

SAIN. Daniel, ¿no oyes ese canto sagrado? Ya luce el dia, y es preciso decidir nuestra empresa.

DAN. (Dominando su emocion.) Si; las gentes principian á salir de sus casas: la aldea vá á recobrar su animacion. Ven, busquemos á Kaide y sepamos si al fin llegó la hora. (Se van por la derecha.)

MUSICA.

VOZ. (Dentro.) ¡Dios solo es Dios!
fieles, orad!
¡La luz del sol
despunta ya!
¡Dios solo es Dios!
fieles, orad!
¡Orad!
¡Orad!

ESCENA II.

Las puertas y ventanas, asi como las tiendas y los puestos del mercado, se van abriendo sucesivamente. Los habitantes de la aldea acuden, unos con cestas para comprar sus provisiones, otros con cántaros, que llenan en una fuente que hay en la plaza. Algunas mujeres se sientan en las puertas á hacer su labor, otras tienden ropas en las ventanas, etc. Movimiento de una poblacion que se entrega á sus tareas ordinarias. Todo acompañado de la orquesta y sin canto. Al cabo de unos instantes se oyen voces dentro en distintas direcciones.

CANTO.

VOCES. ¡Ved la aurora!
OTROS. ¡Ved el dia!
UNOS. ¡Despertad!
OTROS. ¡Despertad!
TODOS. ¡El trabajo,
la alegria
vuelvan ya,
vuelvan ya!

(Un grupo de labradores con instrumentos de labor, saliendo animadamente por una de las calles.)

LABS. ¡Al campo, labradores,
el sol en la sierra
comienza á brillar!
De frutos y de flores
su rico tesoro
la tierra nos dá.

(Un grupo de lavanderas con lios de ropa en la cabeza, saliendo alegremente por otra calle.)

LAVS. ¡Laralalá, lalá, lalá,
viva la alegre lavandera!
¡Laralalá, lalá, lalá,
viva el placer de trabajar!

(Un grupo de vendedores con cestos, etc., saliendo bulliciosamente por otro lado.)

VENDS. ¡Leche, frutas,
blanco arroz!
Quesos y dátiles,
miel de Astrakan!

VENDS. ¡Qué empanadas!
¡Miren pues!
LABS. ¡Miren qué tiernas!
¡Vengan acá!

LOS TRES GRUPOS Á UN TIEMPO.

LABS. ¡Al campo, labradores,
el sol en la sierra
comienza á brillar!
¡De frutos y de flores
su rico tesoro
la tierra nos dá!
¡Laralalá, lalá, lalá!
¡Viva el trabajo, labradores!
¡Laralalá, lalá, lalá!
¡Viva el tesoro que nos dá!
LAVS. ¡Alegres lavanderas,
el sol en la sierra
comienza á brillar!
¡Al cauce, compañeras,
que el agua está pura
cual limpio cristal!
¡Laralalá, lalá, lalá!
¡Viva la alegre lavandera!
¡Laralalá, lalá, lalá!
¡Viva el placer de trabajar!
VENDS. ¡Vecinos de la aldea,
el sol en la sierra
comienza á brillar!
¡Salid á las ventanas,
mis quesos, mis frutas,
mis dulces mirad!
¡Leche, fruta, blanco arroz,
quesos y dátiles, miel de Astrakan!
¡Qué empanadas, miren pues!
¡Miren qué tiernas! ¡Vengan acá!

HABLADO.

LABS. ¡Al campo!
LAVS. ¡Á la tarea!
VENDS. ¡Comprad!

(Los labradores se van hácia el campo, las lavanderas se dirigen al cauce y en él se ponen á lavar. Los vendedores se dispersan en distintas direcciones.)

ESCENA III.

PUEBLO, SAIN, BELTRAN, que sale corriendo, disfrazado de circasiano.

BELT. ¡Uf! Ya llegué á la aldea. ¡Cristo, qué tunda van á darme si descubren que no soy circasiano. No perdamos el tiempo. Tratemos de encontrar á mi bella Zelia, ya que hace una semana que no la he vuelto á ver por el valle. ¡Ay, si el Conde y la señora Andrea supiesen esta escapada!... (Sain y varios circasianos que estan con él, reparan en Beltran con extrañeza. (Creo que me miran. Probemos á saludarlos á la usanza oriental.) ¡Zalamalá! (Haciendo el saludo.)

CIRC. (Id.) ¡Zalamalá!

BELT. (¡Victoria! ¡Me creen tan circasiano como ellos! (Reflexionando.) ¡Ahora me explico por qué al pasar por la ermita se me abalanzó el perro con tanta rabia.) ¡Zalamalá! (Como antes.)

CIRC. (Id.) ¡Zalamalá!

BELT. (¡Bravo! Esto es lo que se llama dar un golpe...) (Al mismo tiempo Sain le dá un golpe en el hombro. Beltran se vuelve asustado, lo mira con miedo y exclama.) ¡Ay!

SAIN. ¿De qué tierra es el forastero?

BELT. (¡Ay, qué giganton!)

SAIN. (Bruscamente.) Habla pronto.

BELT. (¡Creo que con este no me vale el zalamalá!)

SAIN. ¿Qué buscas aqui?

BELT. ¿Yo? Cualquier cosa: lo primero que me den.

SAIN. (Á sus compañeros.) ¡Vive el cielo, que este hombre es un vagamundo ó un espia!

CIRCS. ¡Si, si!

BELT. (¡Ay, san Miguel bendito!)

CIRC. ¡Habla!

BELT. (¡Si no miento me descuartizan!) Juro por...

SAIN. ¡No me engañes!

BELT. Juro que vengo huyendo de esos pícaros rusos...

SAIN. (Con gran interés.) ¡Qué! ¿Los has visto? ¿Has peleado quizás contra ellos?

BELT. ¡Lo mismo que un tigre! La lucha fué tenaz; pero yo les hice correr!

SAIN. (Con alegria.) ¿Correr?

BELT. Si; detrás de mí.

SAIN. ¿Qué dices? (Con enojo.)

BELT. Por eso vengo buscando un refugio en esta aldea...

SAIN. Bien está. ¿Sabes blandir un acero y manejar una lanza?

BELT. En mi vida me he ocupado yo de esos pormenores.

SAIN. Este hombre no sirve para soldado.

BELT. (¡Qué gran fisonomista!)

SAIN. Pero si te dejas guiar de mí...

BELT. ¡Con muchísimo gusto! (Así sabré dónde vive mi ingrata.) (Dándole la mano.) Toca esos cinco.

SAIN. En buen hora. No faltará una torre donde ponerte de atalaya.

BELT. (¡Cielos, perdido soy!)

SAIN. (Á sus compañeros.) Llevadle.

BELT. Poco á poco. Yo no distingo bien á esa altura.

SAIN. ¡Nadie se niega á ser útil en estos tiempos de guerra! Ven. (Quieren llevárselo por fuerza.)

BELT. (Luchando por escapar.) ¡No, dejadme!

SAIN. ¡Silencio, ó vive el cielo!

BELT. ¡Socorro, favor! (Sale Kaide: al verle Beltran corre y se pone detrás de él para que le ampare.)

ESCENA IV.

DICHOS y KAIDE.

KAIDE. ¿Quién es este hombre? ¿Por qué le amenazais?

SAIN. Es un cobarde que se niega á servir á su patria.

BELT. (Detrás de Kaide.) Mientes. Lo que yo no quiero es servirla desde tan alto.

KAIDE. (Vuelve la cara y lo mira sorprendido.) ¿Eh?... ¿Me engañan mis ojos?... ¡Esas facciones!... ¡Dejadnos! (Á Sain.)

SAIN. ¡Qué! ¡Tú le amparas?

BELT. (¡Me salvé!)

KAIDE. Retiraos y esperad mis órdenes. (Sain y sus compañeros se retiran al fondo, murmurando y lanzando á Beltran miradas amenazadoras.)

BELT. (¡Huy, qué ojazos me echan!)

KAIDE. (Le coge de la mano, y llevándole vivamente á un lado, le dice en voz baja.) Ven acá. Y ¡ay de tí si intentas engañarme!

BELT. ¿Yo?

KAIDE. ¡Te he conocido y ese traje es un disfraz!

BELT. (Aterrado.) Misericor...

KAIDE. ¡Silencio! La verdad solamente puede salvarte.

BELT. Pues... la verdad es... que yo he venido en busca de una circasiana, de quien me he enamorado ciegamente..

KAIDE. ¡Tú! ¡Un cristiano!

BELT. ¡Qué quereis! Por diferenciar!...

KAIDE. Todo te lo perdono si respondes á mis preguntas. ¿No sirves á una jóven extranjera, llamada Isabel?

BELT. La sirvo.

KAIDE. Bien imaginé haberte visto acompañándola algunas tardes.

BELT. ¡Calle! Pues yo no recuerdo...

KAIDE. ¿Qué es de tu ama? Pronto, ¿qué ha sido de ella?

BELT. ¡Toma! Está en la alqueria como siempre.

KAIDE. Y sin embargo, ya no se la vé en su balcon, ya no sale como otras veces por el valle.

BELT. (Con importancia.) Es que ahora estamos muy ocupados.

KAIDE. ¿Qué quieres decir?

BELT. Que vá á casarse de un momento á otro.

KAIDE. (Vivamente y con ansiedad.) ¿Á casarse? ¿Y ella consiente?

BELT. ¡Si! Eso le gusta á todas.

KAIDE. (¡Ah! la pérfida, la traidora!) (Separándose de Beltran.)

BELT. (Ap. y observándole con sorpresa.) (¡Cómo se ha puesto! ¡Calle! Seria cosa que este tambien por diferenciar...)

KAIDE. Ni siquiera habrá intentado resistir á ese enlace!

BELT. ¿Resistir? Buen génio tiene su padre. Solo con hacer (Tose fuerte.) ejem... Nos mete á todos en un puño.

KAIDE. ¡Ah! líbrele el cielo de mi enojo. ¿Quién es su padre? Responde.

BELT. (Si sabe que es el gobernador de Valka no escapo yo tampoco de sus manos.)

KAIDE. ¡Su nombre, su clase, dilo pronto!

BELT. Es un... un pobre oficial recien venido de Moscou.

KAIDE. (¿Pero qué me importa? ¿No es ella la que me desprecia y me olvida? ¡Necio de mí, que he sido vil juguete de este fatal amor! ¡Ah! No quede en mi alma ni el recuerdo de haberlo abrigado.)

BELT. (Lléveme el diablo si comprendo...)

KAIDE. Ya puedes volverte á tu aldea.

BELT. ¡Santa palabra! (Vá á irse.)

KAIDE. Pero á fin de que no les infundas sospechas... ¡Sain! (Sain se acerca.)

KAIDE. Este hombre está dispuesto á cuanto le mandeis.

BELT. (Consternado.) (¡Qué oigo!)

KAIDE. Pero dentro de una hora le hareis emprender el camino de la vega, sin perderlo de vista hasta que se halle bien distante de aqui.

BELT. ¡Oh! Yo prometo no parar de correr...

KAIDE. Que mi voluntad se cumpla. (Se vá por la derecha.)

BELT. Pero no me encarameis en una torre con este sol!

SAIN. ¡Silencio! Dentro de una hora serás relevado. Pero en el ínterin, á la menor cosa que adviertas en las montañas ó en la llanura, ven á darme aviso... (Con voz terrible.) ¡ó ay de tu cabeza!

BELT. Si, por tenerla ligera me veo en este apuro.

SAIN. Vamos.

BELT. ¡Ay si yo hubiese previsto que por diferenciar...

SAIN. En marcha. (Se lo lleva, yéndose con él por la izquierda.)

ESCENA V.

Las LAVANDERAS, lavando en el cauce, CIRCASIANOS.

CANTO.

Pan. Pan. (Sacudiendo la ropa.)
Cuando un mancebo
nos viene al cauce
á requebrar...
Pan. Pan.
¡Qué salpicado!
qué fresco el pobre

de aqui se vá.

UN GRUPO. (De circasianos en el extremo izquierda del proscenio, disponiéndose á la fiesta.)

Tan, tan.

(Dando golpes en los panderos.)

De los panderos
al son alegre,
venid acá.
Tan, tan.
Venid, doncellas;
la alegre danza
ya vá á empezar.

Á UN TIEMPO.

LAVS.
Oid.
¡De los panderos
el son
llamando está!
Tan, tan.
Pese al trabajo.
Tan, tan.
Quiero danzar.

CIRCS.
¡Tan, tan!
Venid, doncellas.
Tan, tan.
Venid acá.
Tan, tan.
La alegre danza,
tan, tan,
ya vá á empezar.

(Se unen los grupos alegremente.)

—

MULAK. (Aparece á la entrada de una calle, en el fondo. Viene apoyado en un báculo. La cabeza desnuda, larga y blanca barba, muy pobres vestidos, pero venerable aspecto. Su ademan severo y majestuoso. Su acento grave. Kaide y Daniel aparecen, pero se quedan en el fondo observando, asi como Zelia á la puerta de su casa. El Coro se divide en dos grupos, á derecha é izquierda, al oir la voz de Mulak.)

¡Alto allá!
¡Alto allá!

CIRCS. (Volviéndose y mirándole sorprendidos.)

¿Quién es aquese viejo
de aspecto singular?

CIRCAS. ¡Espanta su pobreza!
Espanta su mirar.
¡Tan, tan!

(Tocando los panderos y como prescindiendo de Mulak.)

¡La fiesta siga!

(Volviéndose de nuevo y mirando medrosamente á Mulak, que vá adelantándose con paso lento y ademan imponente.)

Tened,
que llega ya.
¡Tan, tan,

(Tocando los panderos, aunque ya mas quedito, y volviendo á mirar á Mulak.)

me causa miedo!
Aqui
qué buscará.

UNOS. Tan, tan.

(Retrocediendo, fija la vista en Mulak, que avanza, y mostrándose todos poseidos de cierto terror.)

OTROS. Tan, tan.
UNOS. Tan, tan.
OTROS. Tan, tan. (Pausa.)
TODOS. (Señalándole con el dedo y temerosos.)
Espanta su mirar!

—

MULAK. (En medio de la escena y con gran entonacion.)
¡Al arma! habitantes
del llano y la sierra!
¡A larma!
¡Volad!
Alarma, y que cunda
mi grito de guerra!
Voraz incendio abrasa
los campos de Derban!!

CORO. Voraz incendio abrasa
los campos de Derban!!

(Gran emocion en todos. Mulak vá adelantándose lentamente. Todos le preguntan por señas, manifestando la mas dolorosa ansiedad.)

MULAK. Lanzó el contrario
sus escuadrones
de cien clarines
al ronco son,
y de repente
por la ancha vega...
un mar de fuego
correr se vió!!

Á LA VEZ.

MULAK. (Con dolorido acento.)

¡Ay, alegres,
tranquilas cabañas!
Ay, tierra querida
que el mundo envidió!
talaron tus mieses.
¡Talaron tus flores,
sucumben tus hijos
de espanto y dolor!

CIRCASIANOS. (Con furor.)

El fiero (Unos á otros, bajo.)
enemigo
la vega
taló.
Ay pobre
campiña,
que el mundo
envidió!
¡Venganza! (Con energia.)
Rompamos
el yugo feroz.
¡Venganza!
De guerra
tremole
el pendon.

—

MULAK.

Roja, humeante,
la ardiente llama,
en nube inmensa
nos envolvió.
Solo alumbraba
con sus reflejos,
sangre y ruinas,
luto y horror!

A LA VEZ.

MULAK.

Ay, alegres
tranquilas cabañas!
Ay, tierra querida
que el mundo envidió!
¡Talaron tus mieses,
talaron tus flores,
sucumben tus hijos
de espanto y dolor!

CIRCASIANOS.

El fiero
contrario
la vega
taló.
¡Ay pobres
campiñas,
que el mundo
envidió.
¡Venganza!

Rompamos
el yugo
feroz!
¡Venganza!
De guerra
tremole
el pendon!

HABLADO.

MULAK. (Despues de una pausa y con voz grave y solemne.) ¡Al arma! ¡Derban resiste aun! ¿Quién, nobles hijos de estas sierras, quién apagó el fuego santo de vuestros corazones? ¿Cómo sufris la esclavitud, cuando brilla todavia nuestro estandarte en las soberbias torres de la invicta ciudad? ¿Dónde estan vuestros jefes? ¿En dónde vuestros capitanes se esconden, cobardes ó traidores?

KAIDE. (Presentándose de pronto, seguido de Daniel y Zelia.) Ten la lengua villana... si no quieres que te arranque la vida!

TODOS. ¡Kaide!

ESCENA VI.

PUEBLO, MULAK, KAIDE, DANIEL, ZELIA, SAIN.

KAIDE. (Lentamente á Mulak.) ¿Quién eres tú, que al borde de la tumba calumnias nuestra lealtad? Tú, resto de una generacion... cuyos desaciertos nos perdieron!

MULAK. (Lentamente.) Muy altivo te muestras para tus pocos años. ¿Has adquirido esa osadia en los combates... (Severamente.) ó la tienes tan solo para insultar la memoria de tus mayores?

KAIDE. (Amenazándole.) ¡Miserable!

DAN. / ZELIA. } ¡Detente!

MULAK. (Con acento y ademan altivos.) ¡Ven! Pon tus manos en Mulak el profeta!

TODOS. (Con respeto.) ¡Un profeta!

MULAK. ¡Dios vá conmigo, y ay del que no se humille á mi voz!

ZELIA. ¡Kaide! ¡Respeta al inspirado del cielo! (Mulak mira á todos con altivez. Momentos de silencio general.)

MULAK. Coge mas bien tu caballo y tu lanza, y gánate el derecho de ser temido.

DAN. (Gravemente.) Anciano, Kaide cuenta en su juventud mas proezas que muchos famosos capitanes. ¡Es nuestro jefe! Es el hijo de nuestro antiguo caudillo Zemir-Kan, y el digno heredero de su gloria.

MULAK. (Sorprendido.) ¡De Zemir-Kan! (Se dirige lentamente á Kaide. Llega á su lado y lo mira con interés.) ¡Si! Esas facciones me recuerdan al esforzado guerrero que pereció á mi lado combatiendo en las playas de Derban.

KAIDE.
DAN.
ZELIA. } ¿Qué dices?

MULAK. ¡Yo tambien derramé mi sangre en aquella jornada funesta! Y hoy que mi brazo no puede ya manejar el acero, hoy vengo solo, agobiado por el dolor, exánime de fatiga, predicando la guerra desde los campos de Derban. (Muy conmovido.) ¡Oh! ¡Si viérais la bella y opulenta ciudad de otros dias! (Cogiendo las manos de Daniel y Kaide y en medio de los dos.) ¡Vengadla, hijos mios! ¡Vengad sus palacios desiertos, sus campos arrasados, su grandeza humillada! Sacudid, en fin, el vergonzoso yugo que os oprime!

TODOS. ¡Si, si!

DAN. (Resueltamente.) Kaide, ¿qué nos detiene ya? Si hace algunos dias creiste que éramos pocos para tan alta empresa, hoy los pueblos vecinos solo aguardan una señal nuestra para correr á las armas.

KAIDE. (Con energia.) Pues bien; yo levantaré nuestra bandera y marcharemos sobre Valka.

MULAK. Sobre Valka? ¡Oh, no! La ciudad está muy bien guardada.

DAN. ¡Sus habitantes se sublevarán á nuestra voz, y hoy se halla ausente de sus muros nuestro enemigo mas terrible! El único que pudiéramos temer: el conde de Rosen en fin...

MULAK. ¡El gobernador ruso! ¡Ah! que ese error no nos pierda. Yo he pasado por Valka y esperan al Conde hoy mismo. Una vez al frente de sus tropas, nada resiste á su pujanza. Llevad por otra parte la guerra.

KAIDE. (Con energia.) No, mil veces. ¡Los campos de Derban estan ardiendo! ¡Derban próxima á sucumbir! ¡Ciudad por

ciudad! ¡Estrago por estrago! (Murmullos de aprobacion en el pueblo.)

MULAK. Pues bien. Un medio hay para asegurar nuestra empresa. Demos la muerte al Conde, pero no en el combate. Que una mano certera le quite ocultamente la vida.

KAIDE. ¿Qué dices?

MULAK. (Con tono y ademan proféticos.) Dios me anuncia que solo asi obtendremos la victoria. ¡En el cielo estoy leyendo ya el destino de nuestro enemigo! ¡Escrito está! Muera el Conde para salvarnos á todos!

TODOS. ¡Muera!

MULAK. (Despues de una pausa y lenta y gravemente.) ¡Kaide! Tu brazo es el que ha de herir el primero. Á tí es á quien toca esa venganza.

KAIDE. (Sorprendido.)¡ Á mí!

MULAK. ¡Qué! Ignoras que el Conde fué el matador de tu padre!

KAIDE. DAN. ZEILA. ¡Cielos! (Emocion en todos.)

MULAK. Yo lo ví! Yo lo juro por su santa memoria!

KAIDE. ¡Ah! Dices bien. Á mí el primero me toca quitar al Conde la vida. Pero no con el puñal del asesino. Yo sabré penetrar en donde quiera que se encuentre, y allí solos los dos, y frente á frente, yo vengaré á mi padre y os libraré de ese tirano.

ZELIA. ¡Kaide, Dios te proteja!

DAN. ¡Nuestra será esta noche la victoria!

TODOS. ¡Viva Kaide! (Con esta exclamacion todo el pueblo y demas personajes rodean á Kaide, viniéndose al mismo tiempo á ocupar el lado derecho del proscenio, dejando el izquierdo enteramente libre.)

ESCENA VII.

DICHOS, BELTRAN, que viene corriendo por el fondo derecha. Sain al verlo se separa del grupo del pueblo y se acerca á Beltran. Hablan solos en el proscenio derecha.

BELT. ¡Ay! ¡ahora si que no escapo!

SAIN. ¿Qué es eso? ¿Qué traes?

BELT. Que viene un escuadron de rusos.

SAIN. ¡¿Estás seguro?

BELT. ¡Los he visto desde esa torre maldita en donde me pusieron! Y ahora desde ahí. (Y á mi amo y á su hija y á la bruja del aya! ¿Qué inesperado viaje es este?)

SAIN. (Viniendo vivamente al grupo del pueblo.) ¡Soldados rusos!

TODOS. ¡Rusos! (Desconcertados y agitándose.)

DAN. ¡Silencio! que nada sospechen: retiraos todos: Kaide, aléjate con ese anciano: yo quedo aqui para recibirlos.

KAIDE. (Al pueblo.) ¡Partid! ¡Apresuraos! (El pueblo echa á correr en distintas direcciones. Los mercaderes cierran temerosos sus tiendas. Las gentes entran huyendo en sus casas.)

BELT. (Pues estos tienen tanto miedo como yo.)

MULAK. (Á Kaide.) Ven.

KAIDE. Si: esta noche los encontraremos en el combate. (Se vá con Mulak.)

BELT. (Viendo á Zelia, que se dirige al fondo.) (¡Cielos! Mi circasiana. ¡En buena ocasion dí con ella! Huyamos.)

SAIN. (Cogiéndole de un brazo.) Detente; si te ven correr sospecharán alguna cosa.

BELT. ¡Por todos los profetas, déjame marchar! (Queriendo irse.)

SAIN. (Deteniéndole y llevándolo al extremo izquierda del proscenio.) ¡Quieto!

ZELIA. ¡Ellos son! (Desde el fondo derecha.)

BELT. (Tapándose la cara con la mano izquierda para que no le conozcan.) ¡Huy!

ESCENA VIII.

DANIEL, SAIN, ZELIA. BELTRAN, á un lado. El CONDE, ISABEL, cubierta con un velo, ANDREA, el ALFEREZ. A la entrada del pueblo se queda una litera y un grupo de soldados rusos.

ALF. Ved cómo huyen esos condenados.

CONDE. Señor Alferez... á ninguno se insulte ni atropelle: hoy todos son vasallos del Czar.

ALF. Perdonad, señor Con...

CONDE. ¡Silencio! Ya sabeis que no quiero ser conocido. (Adelantándose.) ¡Ah de la aldea!

BELT. (Solo de oirlo estoy dando diente con diente.)

DAN. (Bajando del fondo con Zelia y presentándose al Conde.) ¿Qué vienes á buscar seguido de tanta gente armada?

CONDE. Mis gentes no han penetrado aqui. Harto os doy á en-

tender que no vengo como enemigo.

DAN. (Con desprecio.) ¿Y quién te ha dicho que ni tus gentes ni tú pueden intimidarnos?

CONDE. ¡Insolente! (Daniel cruza los brazos y lo mira erguido.)

BELT. (¡Ay!)
ISAB. (¡Cielos!) (Á un tiempo.)

ZELIA. (Pasando vivamente al lado del Conde y cubriendo á Daniel.) ¿Qué vais á hacer? Quien quiera que seais... contentaos con mirarnos vencidos. (El Conde se contiene al oirla.)

ISAB. (¡Esa voz!)

AND. (Es la circasiana que nos encontramos en la alqueria.)

CONDE. (Grave y tranquilamente.) El vencido que se somete, encontrará siempre en mí proteccion y amistad. Nada temas, yo le perdono su altaneria. (Daniel, siempre con aire desdeñoso, se retira al fondo lentamente.)

ZELIA. ¿Pensais permanecer en nuestra aldea?

CONDE. Voy á Valka: pero queriendo abreviar la jornada, me he internado en la sierra y necesito un guia que nos enseñe el mejor camino.

ZELIA. (Llamándole.) Sain.

SAIN. (Desde el segundo término y bruscamente.) Yo no conozco bien la montaña.

DAN. (Se adelanta un poco y le dice con acento imperioso.) ¡Sain! Busca un hombre que los acompañe... y cuenta con cometer la menor deslealtad. (Sain se inclina y se vá.)

CONDE. ¡Pronto seria castigada! (Pausa. Mira á Dauiel y le dice en tono grave, pero amistoso.) Sin embargo yo agradezco esa nobleza.

DAN. (Con nobleza.) Estás en mi aldea y te considero como mi huesped.

BELT. (¡Si supieras quién es!)

CONDE. Asi lo creo... (De pronto.) y te daré de ello una prueba. ¿Cuál es tu morada?

ZELIA. Esta. (Señalando á su casa.)

CONDE. (Á Isabel.) ¿Quieres descansar un poco, hija mia?

ZELIA. (Á Isabel.) No faltan frutas que ofreceros.

ISAB. Prefiero esperar aqui.

ZELIA. Desconfiais...

CONDE. No, mil veces. Quiero que sepan en el pais que tratamos como amigos á los que sois leales. Yo acepto vuestra oferta. (Dá algunos pasos hácia la casa. Isabel, Andrea y el Alferez van á seguirlo.) Nadie me siga. (Á Daniel, que está

inmóvil junto á la puerta y observando con cierto interés al Conde.) Guíame tú.

ISAB. ¡Señor!

DAN. (Inmóvil y mirando al Conde sorprendido.) ¡Qué! ¿Asi te fias de mí?

CONDE. ¡Vive el cielo! Yo solo desconfio de los cobardes!

DAN. (Vivamente y reconciliado con el Conde, al oirle.) ¡Ah! Tú eres el primer enemigo á quien no aborrecí.

CONDE. Entremos. (El Conde y Daniel entran en la casa.)

ESCENA IX.

ISABEL, ANDREA, BELTRAN, ZELIA, el ALFEREZ. El Alferez llega al umbral y allí se detiene.

ISAB. (Al Alferez.) Seguidlos.

ZELIA. Nada temais, señora: vuestro padre hace justicia á nuestra nobleza. Venid, descansad en tanto llega el guia que habeis pedido. (La guia á un asiento de piedra que hay junto á la puerta.)

AND. (En medio de la escena y aparte.) ¡Dios mio, cuando pienso que estamos entre infieles!... (Mira á Beltran, que tapándose la cara está en el extremo izquierda del proscenio.) Decidme...

BELT. (¡Ay, que viene!)

AND. (Acercándose á él.) ¿Hay muchas leguas de aqui á Valka?

BELT. (De repente y fingiendo la voz.) Karkasu, makaku...!

AND. (Asustada y separándose de él.) ¡Huy, qué jerga! Asi debe hablar el demonio.

BELT. (¡Aqui la dueña, allí un escudero que me conoce, allá el Alferez que no me quita ojo!—Yo me meto en esta tienda y no salgo hasta el dia del juicio.) (Se entra en la primera tienda del mercado.)

AND. (Acercándose á Isabel y levantándole el velo.) Levantad vuestro velo: respirad un poco el aire de la mañana.

ZELIA. (Á Isabel, reconociéndola.) ¡Cómo! ¿Sois vos, señora? vos, y no me lo decíais! Mal pagais el buen recuerdo que os conserva mi amistad.

ISAB. ¡Oh, no! De aqui no me hubiera alejado sin que supiéseis quién yo era, sin daros un adios... que será el postrero.

AND. ¡Por Dios, Isabel! (Se separa de ellas y vá á observar á la puerta de la casa.

ZELIA. ¡Qué abatimiento! ¡Qué amargura! Vuestros ojos estan enrojecidos por el llanto!

ISAB. ¡Si, mucho he llorado!

ZELIA. ¡Vos... hace algunos dias tan feliz!

ISAB. (En voz baja y mirando á todos lados, como queriendo tomar un partido.) ¡Ah! Si yo me atreviera...

ZELIA. (Vivamente.) No os comprendo. Hablad. ¿Dudais de mi afecto?

ISAB. No. Y la prueba es que vuestra presencia me ha inspirado el único recurso que en mi dolor me queda.

ZELIA. ¿Y qué tardais en confiaros á mí?

ISAB. Teneis razon; los instantes pasan... ¡Oh, por mas extraño que os parezca el favor que voy á pediros, discúlpelo á vuestros ojos lo adverso de mi destino!

ZELIA. Mi amistad no es un nombre vano. Disponed de ella como gusteis.

ISAB. (Suplicante y viendo antes si alguien la escucha.) Pues bien: se trata de un mensaje que os ruego lleveis á un caballero que al anochecer vereis rondar en torno de mi alqueria.

ZELIA. Continuad.

ISAB. (Como antes.) Le direis de mi parte, que la voluntad de mi padre me impone un esposo á quien mañana mismo debo dar en Valka mi mano. Que el temor de ser descubierta me ha impedido darle yo misma este aviso; pero que si me ama, si su pasion es verdadera como la mia, si no me ha engañado al asegurarme que era de noble sangre como yo, corra en seguida á Valka, y á los pies de mi padre confiese nuestro cariño y obtenga nuestra union. Decidle, en fin, que soy muy desgraciada... (Casi llorando.) y que en él fio mis esperanzas todas!

ZELIA. (Compadecida.) ¡Ah, pobre jóven! Yo os prometo... pero... ¿cómo estar segura de que es á él á quien doy vuestro mensaje?

ISAB. Muchas veces me anuncia su llegada con una cancion extraña y misteriosa: mas hay un medio mejor de conocerle.

ZELIA. ¿Cual?

ISAB. Hace algunos dias le dí una cruz de esmeraldas. Le recordareis esta seña, y si responde á ella...

ZELIA. Comprendo: descuidad.

ISAB. ¿Y cómo saber su respuesta? ¿Cómo calmar la ansiedad terrible en que vá á estar mi corazon?

ZELIA. Decis bien. Y confiar á otro este secreto seria una gra-

ve imprudencia. (Resueltamente.) Yo misma os llevaré la respuesta á Valka esta misma noche.

ISAB. ¡Vos! ¿Es posible?

ZELIA. ¿No creeis todavia que os amo sinceramente? ¿De qué modo os buscaré? ¿Cuál es allí vuestra morada?

ISAB. ¡Oh, no! vos no podeis... Escuchad. Mi dueña estará esperándoos á las puertas de la ciudad y os guiará cautelosamente...

ZELIA. No faltaré. Vos, entre tanto, evitad que vuestro padre intente apresurar este enlace.

ISAB. Es que... no os he dicho que mi prometido debe llegar tambien esta noche á Valka, y una vez allí...

ZELIA. ¿Debe llegar esta noche? ¿De dónde?

ISAB. De Derban, y seguido de sus deudos y amigos.

ZELIA. (¡Oh, yo lo sabré impedir!) Nada temais: ¡yo os probaré que no en vano habeis recurrido á mi amistad!

AND. (Viniendo vivamente de la puerta de la casa, en donde se quedó vigilando.) Mi señor vuelve.

ISAB. (En voz baja y separándose vivamente de Zelia.) ¡Adios!

ZELIA. (Idem y separándose de Isabel.) Adios, y confiad en mí.

AND. (Pasando á la derecha de Isabel.) ¿Qué conversacion ha sido esa?

ISAB. (Vivamente y viendo salir á su padre.) ¡Calla!

ESCENA X.

DICHOS, el CONDE, saliendo de la casa, DANIEL: el ALFEREZ en el fondo.

CONDE. No olvidaré tu hospitalidad, ni tu ruda franqueza.

DAN. Ni yo tu carácter noble y altivo.

CONDE. Tal vez nos volveremos á ver algun dia.

DAN. Como amigos... no es fácil. Como adversarios... me envaneceria el medir mi acero con el tuyo.

CONDE. ¿Qué dices? (Con extrañeza.)

DAN. (Gravemente y señalando á un circasiano que aparece.) Ahí tienes al guia que esperabas. Quiero acompañarte hasta la entrada del camino.

CONDE. (Despues de mirar á Daniel un momento.) En marcha, señor Alferez.

ALF. (Á los soldados, que estan en el fondo formando grupo.) ¡En marcha!

CONDE. ¡Ven, hija mia! (Coge de la mano á Isabel. Emprenden la mar-

cha del modo siguiente. El guia delante, en seguida Daniel y despues el Conde con Isabel, seguido de Andrea, el Alferez y los soldados. Al irse Isabel y Zelia cruzan una mirada de inteligencia.)

ZELIA. (Sola y despues que se han ido.) ¡Pobre niña! Solo la que ama como yo puede comprender lo que estarás sufriendo... ¡Ah, perder á quien se adora debe ser una cosa horrible! ¡No: yo te salvaré! Lo primero, lo mas urgente es impedir que el hombre con quien su padre quiere unirla llegue esta noche á Valka. Á toda costa es preciso detenerlo en el camino. ¿Pero cómo? (Vé venir á Kaide por la derecha y exclama ansiosa.) Ven, Kaide, ven. Necesito de tu amistad, de tu auxilio.

ESCENA XI.

ZELIA y KAIDE.

KAIDE. ¿Tú, Zelia? ¿Qué sucede? ¿En dónde estan esos cristianos?

ZELIA. Eran gentes pacíficas... y en este momento se alejan de la aldea. ¡Kaide, por la primera vez de mi vida voy á pedirte un favor que te agradeceré eternamente!

KAIDE. ¿Un favor? ¿Qué no haré yo por tí, mi fiel amiga? Habla: ¿qué quieres?

ZELIA. Que tus mas valientes parciales salgan esta tarde al camino de Valka é impidan que llegue á la ciudad un caballero cristiano, que se dirige á ella acompañado de sus deudos y amigos.

KAIDE. (Con extrañeza.) ¡Un caballero!

ZELIA. Si: la empresa es fácil, pues cederán al mayor número... Sobre todo, haciéndoles entender que se les detiene solo por algunos dias.

KAIDE. Pero ¿qué misterioso fin te mueve?...

ZELIA. ¡El de evitar que ese hombre se case con una pobre jóven, á quien profeso una amistad sincera!

KAIDE. No te comprendo. ¿De quién hablas? ¿Qué jóven es esa que tal interés te inspira?

ZELIA. Una noble extranjera que habita á dos leguas de aqui... en una alqueria que hay pasado el bosque, á la entrada de la vega.

KAIDE. ¿Qué oigo? En una alqueria... á la entrada de la vega? (Conmovido.)

ZELIA. Si. Hace algunas tardes que descansando yo al pié de un manantial... enfrente de su puerta...

KAIDE. (¡Cielos!) Y... ¿esa extranjera... (Con ansiedad.) se llama por ventura Isabel?

ZELIA. (Vivamente.) ¿Quién te lo ha dicho?

KAIDE. ¡Y vá á dar su mano á un esposo que su padre le ha elegido!

ZELIA. Si.

KAIDE. ¿Y tú te interesas por ella? (Con enojo.) ¡Por la que, olvidando cruelmente á quien le dió su fé, se dispone tranquila á ser esposa de otro!

ZELIA. ¿Qué dices? ¿Cómo sabes tú?...

KAIDE. (Reponiéndose y queriendo disimular.) En... las correrias que hago de contínuo por la vega... conocí al hombre que un dia se creyó amado de esa cristiana.

ZELIA. (Con interés.) ¿Le has conocido? ¿Y bien?

KAIDE. Ese hombre que cifraba en ella la felicidad de su vida, se ha visto de repente burlado: la pérfida, abandonándole sin piedad, no ha respondido á sus quejas, no se ha compadecido de sus tormentos, no ha vuelto á aparecer una sola vez á sus ojos, no ha hecho llegar siquiera á su oido la menor palabra de consuelo... (Zelia quiere hablar.) ¡Oh... conozco bien toda esa historia!... (Con fuerza.) No te inspire ninguna compasion quien, á su vez, de nadie la ha tenido. (Pausa.)

ZELIA. ¡Qué injustos son los hombres... y que fácilmente acusan á la mujer que los ama!

KAIDE. (Mirándola con extrañeza.) No te entiendo.

ZELIA. ¡Corre! Busca á ese ingrato que asi calumnia á la que hace pocos instantes lloraba aqui desolada por él.

KAIDE. (Vivamente conmovido.) ¡Aqui!

ZELIA. Búscale y dile que esa pobre jóven, vigilada por un padre inflexible y severo, no ha podido participarle ella misma, que hoy la conducen á Valka para casarla mañana.

KAIDE. (Ap. y con gran emocion.) ¡Cielos!

ZELIA. (Continuando vivamente.) Que á su paso por esta aldea ha recurrido á mí suplicándome que busque á su amante, que le diga que se presente en Valka, que declare su nombre y condicion y que obtenga de su padre su mano.

KAIDE. (Vivamente.) ¡Oh! ¡Eso es imposible!

ZELIA. (Sin comprenderlo.) ¿Imposible? ¡Es que ella le quiere mas

que á su vida!

KAIDE. (Muy conmovido.) ¿Te lo ha dicho?

ZELIA. Si. ¡Y él entre tanto la acusará, la abandonará cobardemente á su infortunio!

KAIDE. (Agitándose á medida que Zelia continúa.) ¡Ah!

ZELIA. ¡Y ese hombre verá impasible la tirania de un padre, la desesperacion de una pobre niña! ¡El triunfo de un rival que esta misma noche llegará á Valka para ser mañana dueño de tan preciada hermosura!

KAIDE. (De pronto y con gran energia.) ¡No! ¡Antes perezca mil veces! ¡Antes no quede en Valka piedra sobre piedra!

ZELIA. (Algo sorprendida.) ¿Cómo?

KAIDE. ¡Ah, Zelia! ¡Tú tienes razon! ¡Yo seria un cobarde si dejase á Isabel abandonada! ¡Á Isabel, á quien injustamente acuso!

ZELIA. (Con recelo é inquietud.) ¡Tú! ¡Explícate!

KAIDE. ¡Qué! ¡No adivinas!

ZELIA. (Empezando á comprenderlo todo.) ¡No me atrevo! ¡Acaba! (Con terrible ansiedad.)

KAIDE. ¡No adivinas que su amante soy yo!

ZELIA. (Separándose de él y dando un grito ahogado de dolor.) (¡Ah! ¡Desdichada!)

KAIDE. ¡Yo que me creí olvidado! Yo, que á no ser por tí...

ZELIA. (¿Qué es lo que he hecho?) (Pausa. Kaide mira á uno y otro lado, como temiendo ser oido. En seguida se dirige á Zelia, que trata de ocultar el dolor que revela su sem blante, y le dice viva mente en voz baja y con frases cortadas.)

KAIDE. ¡Zelia! ¡Mi tierna amiga! ¿No me has dicho muchas veces que no habria sacrificio que no hicieras para vermedichoso?

ZELIA. (Que apenas puede hablar.) ¿Tú lo dudas?

KAIDE. Pues bien: mi dicha es el amor de Isabel... y ha llegado el momento de que me pruebes la santa verdad de tus palabras.

ZELIA. (Procurando dominarse.) ¿Cómo?

KAIDE. Júrame cumplir la mision que voy á encargarte.

ZELIA. Yo!

KAIDE. Júralo si he de creer en tu leal cariño.

ZELIA. (Vivamente.) ¡Te lo juro!

KAIDE. ¡Gracias, Zelia! Emprende el camino de Valka. Preséntate á Isabel... dile que esta cruz que le envio... (Dándole la cruz de esmeraldas.)

ZELIA. (Al verla exclama aparte.) ¡Ah!

KAIDE. Es la respuesta de que mi amor es suyo, y de que la libertaré de sus tiranos.

ZELIA. (Queriendo excusarse.) Pero... yo que apenas conozco la ciudad...

KAIDE. ¡Qué! Cuando me acabas de jurar... te negarias?...

ZELIA. (Resolviéndose.) Dame.

KAIDE. (Separándose de ella, que apenas puede sostenerse.) ¡Ah! Sea quien fuere su padre, sean cuales fueren los obstáculos, mi acero vencedor triunfará de todo: yo llevaré esta noche la guerra á Valka! La hora de nuestra libertad, será tambien la de mi amor!

ZELIA. (Ap. y con voz doliente.) ¡Yo me muero!

KAIDE. (Corriendo al fondo, en voz alta y mirando á todos lados.) ¡Á mí, habitantes de la aldea! ¡Mis fieles hermanos! ¡Á mí los valientes y leales!

ESCENA XII.

DICHOS, MULAK, que aparece en este momento. PUEBLO, DANIEL, BELTRAN.

MULAK. ¡Acudid! ¡La voz de Kaide nos llama!

(El pueblo vá acudiendo con interés por diversos lados. Beltran asoma la cabeza á la puerta de la tienda en donde se ocultó.)

BELT. (¡Me habia quedado dormido!)

KAIDE. ¡Si! ¡Mi voz que proclama la guerra! ¡Que os anuncia que vamos á marchar al combate!

DAN. (Saliendo por la izquierda.) ¡Kaide, bendígate el cielo!

BELT. (Con sorpresa y temor, y quedándose escuchando sin que le vean.) (¡Qué oigo!)

KAIDE. (Al pueblo.) ¡Despedios de vuestras esposas y de vuestros hijos! ¡Coged vuestras armas, dad la señal á los pueblos de la sierra! ¡Tremolad al fin nuestro estandarte, y á Valka pues!

TODOS. ¡Á Valka!

MULAK. Cercadme todos. (Todos rodean con ansiedad á Mulak.) Es preciso asegurar el golpe. La feria que en estos dias celebra la ciudad, nos permite entrar y salir por las puertas á todas horas. Unidos á los habitantes ocuparemos las plazas y las calles que rodean el palacio. Kaide penetrará en él, buscará al Conde... y con el grito de «Valka es libre!» nos anunciará que le ha quitado la vida.

BELT. (Ap., desde la tienda.) ¡Santo Dios!

MULAK. (Con saña.) Entonces... la tea en una mano, el acero en la otra...

KAIDE. ¡Á las armas!... ¡No perdamos un instante!

PUEBLO. ¡Á las armas! (Todos echan á correr por las calles, suponiéndose que van á buscar sus armas. Quedan solo en escena Zelia, Kaide y Beltran escondido.)

KAIDE. ¡Zelia! El tiempo es precioso. Tú que sabes la morada de Isabel... corre á su lado!

ZELIA. ¡Kaide! (Kaide se aleja y desaparece. Zelia le sigue hasta el fondo, en donde se queda desesperada.)

BELT. (Saliendo de la tienda y atravesando á todo escape la escena, desapareciendo por la derecha, sin ser visto de Zelia.) ¡Cristo! Qué jollin se vá á armar! ¡Escapemos!

ESCENA XIII.

ZELIA, DANIEL.

ZELIA. (Bajando desesperada al proscenio.) Ah, miserable de mí, que le he jurado mi propia ruina!

DAN. (Saliendo y reparando en Zelia.) ¿Qué tienes, Zelia? ¡Qué extraña agitacion!...

ZELIA. (Con dolor y desesperacion.) ¡Daniel! Hermano mio! ¡Amaba á otra!!

DAN. (Conmovido.) ¿Qué dices? No te comprendo.

ZELIA. A otra, mientras yo le consagraba mi corazon, mi vida, mi juventud, mis horas de reposo!

DAN. ¡Cielos! ¿De quién hablas? ¡Luego eran ciertos mis temores! (Celoso.) Luego existe un hombre á quien tú...

ZELIA. (Sollozando.) ¡Kaide, Kaide!

DAN. (Con asombro y enojo.) ¡Es Kaide!

ZELIA. Si. ¡Mi secreto amor! El ingrato dueño de mi alma!

DAN. Y te ha engañado quizá! ¡A tí tan buena, tan hermosa! (Con pasion.) A tí, á quien yo... (Kaide aparece en el fondo, seguido de varios circasianos. Al verle Daniel exclama enfurecido.) ¡Ah! ¡Él es!... (Pasa rápidamente por delante de Zelia, llevando la mano á su puñal y resuelto á acometer á Kaide, que hablando con los que le acompañan, nada nota. Zelia exclama, deteniendo por el brazo á Daniel.)

ZELIA. ¡Detente! (Música.)

ESCENA XIV.

KAIDE, ZELIA casi de rodillas: la cubre DANIEL, que tiene la mano en su puñal. El pueblo asoma y Mulak en el fondo con el estandarte circasiano en la mano, exclama:

CANTO FINAL.

MULAK. (Desde el fondo.)
¡Dios, desde el alto cielo
mirándonos está!
¡Luchemos como hermanos
por nuestra libertad!
CORO. Luchemos como hermanos
por nuestra libertad!!

—

DAN. (Conmovido y dudando.)
¡Como hermanos!
ZELIA. (Bajo á Daniel.)¡Ah, perdónale!

—

KAIDE. (Dirigiéndose á él.)
Noble Daniel,
ven á triunfar.
Ven, oh tú que á la patria juraste
alma, vida y valor consagrar.
DAN. (Mirándole indeciso, levantando en seguida los ojos al cielo y soltando el puñal.)
¡Lo juré!
Sí.
¡Es verdad!
(Se adelanta al proscenio y exclama aparte con acento solemne y grave.)
(Por tí mi noble tierra,
por tí mi enojo calla:
el son de la batalla,
retumba en torno ya!
(Lanzando una mirada de ternura y dolor á Zelia, que está desolada en el extremo izquierda.)
¡Alma del alma mia!
¡Hoy de triunfar es dia!
Mañana mi venganza

tremenda estallará!

KAIDE. (Á la derecha.)
¡Mi amor! ¡Mi noble tierra!
la lucha empieza ya!
Del yugo que os oprime
mi brazo os librará.

ZELIA. (Lo que juré al ingrato.
¡Ay mi pasion fatal!
Aunque el dolor me mate
cumplir mi honor sabrá!)

MULAK y PUEBLO. Por esta noble tierra
corramos á luchar.
El cielo la victoria
nos asegura ya.

—

MULAK. (Con voz solemne desde el fondo.)
¡Protéjanos Dios!
¡Su amparo implorad!

(Todos los personajes y el pueblo se ponen de rodillas, excepto Mulak, que permanece en pié con la bandera en la mano. Momentos de religioso silencio. Se oyen dentro clarines. Todos se levantan y miran hácia la izquierda con alegria.)

KAIDE. ¡De la sierra
los bravos acuden
á nuestra señal!

(Al sonar los clarines, las ventanas, azoteas, miradores y alturas todas se coronan de mujeres, ancianos y niños.)

CORO. ¡Gloria á Kaide!
¡Por él grande y libre
la patria será!

KAIDE, DANIEL, MULAK, en medio de los dos y con la bandera.
¡Númen de la victoria!
¡Dios de la libertad!
¡De independencia y gloria
brille el instante ya!

CORO. ¡Númen de la victoria!
¡Dios de la libertad!
¡De independencia y gloria
brille el instante ya!

(Mulak agita la bandera y todos sus armas. Mulak, Kaide, Daniel, Sain y todos los circasianos corren con entusiasmo hácia el campo. El pueblo, que llena las calles y que corona las alturas, las azoteas

y las ventanas, los despide con aclamaciones y agitando los brazos, etc., etc. Cuadro de entusiasmo y de animacion general. Zelia se deja caer abatida sobre un banco de piedra.)

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala pequeña en el palacio del Conde. En primer término una puerta á la derecha y otra á la izquierda. Mas allá de la puerta de la derecha, un ángulo con otra puerta que dá salida á un patio, y en seguida dos grandes ventanas de rejas. Por estas ventanas se vé el patio y parte de la galeria del piso principal del palacio. En el fondo otra puerta. La escena está alumbrada por una gran lámpara que hay colgada en medio del techo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, el CONDE está sentado en un divan, y á su lado ISABEL, pensativa y triste. Á la derecha un grupo de esclavas en pié, excepto tres de ellas, sentadas en primera línea sobre almohadones y tocando la lira. Apenas el telon se ha levantado cesan de tocar.

CONDE. (Á Isabel.) ¿No te agrada la música de estas esclavas?

ISAB. (Melancólicamente.) Si, padre mio.

CONDE. Yo la prefiero á sus rudos cantos montañeses, que nunca sonaron en mi oido sino mezclados con el rumor de las batallas. Ahora llegó tu vez, ¿no es asi?

ISAB. ¿Cómo?

CONDE. ¿Olvidas que desde que partí para la guerra no he vuelto á oir mi cancion favorita?

ISAB. Pero... en este momento...

CONDE. ¿Qué mejor ocasion?

ISAB. (Con impaciencia y temor.) (¡Y Andrea que no vuelve!)
CONDE. Ya escucho.
ISAB. ¡Sea, pues vos lo quereis! (Se levanta.)

CANTO.

1.ª

ISAB. A mi ventana
con blando arrullo
la dulce brisa
llamando está.
Dí qué me traes
entre tus alas,
brisa suave,
responde ya.
ESCS. (Imitando el eco de la brisa.)
¡Ah, ah, ah!
ISAB. (Como respondiendo á él.)
¡Ah, ah, ah!
ESCS. ¡Ah, ah, ah!
ISAB. ¡¡Aaah!!
Del prado los aromas
traigo en mis leves alas;
el canto de los valles,
el eco de la mar;
y el son de mil suspiros
que en el espacio vagan,
y que por tí murmuran
con misterioso afan.

2.ª

Brisa que robas
su aroma al prado,
su son al rio,
su arrullo al mar;
si entrar te dejo
por mi ventana,
cuando te alejes,
dime, ¿qué harás?

ESCS. (Como antes, é inclinándose como escuchando á la brisa.)
¡Ah, ah, ah!
ISAB. (Como antes.) ¡Ah, ah, ah!
ESCS. ¡Ah, ah, ah!
ISAB. ¡¡Aaah!!
Yo llevaré á los valles
en mis ligeras alas
tu aliento perfumado,
tu plácido cantar:
y el son de tus suspiros
en torno del que amas,
murmuraré suave,
esparciré fugaz.

HABLADO.

CONDE. Gracias, Isabel. (Á las esclavas.) Retiraos. (Las esclavas saludan respetuosamente y se van por el fondo. El Conde cruza la escena y se acerca á una de las ventanas de la derecha.) ¡Hermosa noche por mi vida! No me extrañaria que merced á ella, tu prometido llegase antes del alba.
ISAB. (¡Dios mio!)
CONDE. (Bajando lentamente al proscenio.) Con un tiempo sereno, las jornadas se hacen mas pron... (En este momento se abre con estrépito la puerta del ángulo derecha, frente al público, y sale Andrea.)

ESCENA II.

EL CONDE, ISABEL, ANDREA.

AND. (Viendo al Conde y deteniéndose turbada.) (¡El amo!)
ISAB. (Vivamente.) (¡Es ella!) (Pausa. El Conde se queda mirando con extrañeza á Andrea.)
CONDE. ¿Qué es eso? ¿Por qué llegais tan agitada?
AND. (Muy hipócritamente.) ¿Yo, señor? ¡No lo creais!
CONDE. ¿De dónde venis?
ISAB. (¡Cielos!)
AND. (Dudando.) Del... de la capilla de rezar mi novena. Sino que me dá tanto miedo siempre que cruzo ese patio de noche...

CONDE. ¡Miedo! El sueño que turba vuestros sentidos.

AND. (Con humildad.) Bien podrá ser. (¡Ay, tener yo que mentir!)

CONDE. (Con severidad.) Dos horas sin dar razon de su persona...

ISAB. No la riñais. (Andrea pasa lentamente y con la cabeza baja por delante del Conde, que la mira severo.)

CONDE. ¡Cuide ella mas de sus deberes!

AND. (Al pasar dice aparte, muy bajito y muy deprisa, y marcando cada frase.) (Todo esto me pasa por ser yo dócil, por ser yo blanda, por ser yo débil, por ser yo...)

CONDE. (Que la oye murmurar.) ¿Qué dice?

AND. (Ya en el lado izquierdo del proscenio y con acento y maneras muy hipócritas.) ¡Jesus! ¡Si no he despegado mis labios!

CONDE. Vea quién llega á la antecámara. (Andrea sube al fondo. Aparece el Alferez en la puerta, saluda y dice sin pasar del umbral:)

ALF. El Alferez de guardia, señor Conde.

CONDE. Entrad. (El Alferez entra dirigiéndose al Conde. Andrea baja al lado de Isabel, que le pregunta rápidamente y aparte.)

ISAB. ¿La has visto?

AND. (En voz baja y vivamente.) Si.

ALF. (Al Conde.) Vengo á deciros, que la feria ha terminado y que el pueblo se entrega en estos momentos á la fiesta.

CONDE. Bien está. Dejadlos gozar libremente y no se cause molestia á los forasteros.

ALF. Nunca acudieron á la ciudad mas gentes de la montaña.

CONDE. Eso prueba que nuestro buen proceder inspira mas confianza cada dia.

ALF. Tal se ha creido, al ver que las principales danzas tienen lugar al pié de vuestros balcones.

CONDE. ¿Si? Justo será entonces asomarnos un breve instante, para que comprendan que estimamos su cortesia. Isabel, quiero que tu presencia los anime. (Isabel y Andrea se miran como contrariadas.) Vos, señor Alferez, dejad los centinelas de costumbre... y que la guarnicion se retire á descansar.

AND. (Bajo y rápidamente á Isabel.) Aqui os espero.

CONDE. (Acercándose á su hija y llevándola de la mano.) ¿Vamos?

ISAB. (¡Qué impaciencia!) (El Conde é Isabel se van por la primera puerta derecha.)

ALF. (Con cierto aire cómico de descontento y recelo.) Por mas que

se diga... yo sigo en mis trece, señora aya. Vivimos entre muy mala gente... y lo mejor es no fiarse de su aparente sumision.

AND. (Sobresaltada.) ¡Pues qué! ¿Temeis algo?

ALF. ¿Qué sé yo? (Misteriosamente.) Hay quien asegura que muchos de esos montañeses traen armas ocultas debajo de su traje.

AND. ¿Y por qué lo habeis callado, hombre de Dios?

ALF. Porque el señor Conde me habria creido un visionario... ya que no un cobarde. (En voz muy baja y lenta y misteriosamente. Andrea se acerca y lo escucha con gran atencion.) Pero... lo que yo haré... será estar alerta: y al primero que se desmande... ¡Zás! (Hace con la mano el ademan de cortar. Andrea dá un grito asustada cuando el Alferez dice ¡zás!) ¡Cabeza abajo!

AND. ¡Ave Maria Purísima!

ALF. Como lo ois. En esta tierra no estamos nunca seguros. (Pausa.) Buenas noches. (De pronto y yéndose por el fondo.)

AND. ¡Jesus, y de qué mal agüero es este hombre! Ya basta para que yo no pueda cerrar los ojos. Y á todo esto la circasiana esperando en el jardin que yo la conduzca á la presencia de Isabel. ¿Qué secretos hay entre los dos que yo no compren?... (Se oye el ruido de una puerta que se cierra.) ¡Ay! (Asustada.) Me pareció sentir... No... Es el viento sin duda. ¡Maldito Alferez! Por culpa suya voy á estar creyendo á cada instante que á lo mejor vá á entrarse un circasiano por las puertas...

BELT. (Saliendo con gran estrépito por la del fondo, corriendo y con el disfraz de circasiano del acto anterior.) ¡Ya llegué!!

AND. ¡Ay! ¡Á la guardia! ¡Socorro! (Andrea corre despavorida. Beltran se asusta á su vez, y corre tambien. Por último, Andrea queda en el lado derecho de la escena y Beltran en el izquierdo.)

ESCENA III.

ANDREA, BELTRAN.

BELT. (Corriendo.) ¡Si! ¡Que nos socorran á todos!

AND. ¡Cielos! Esa voz...

BELT. ¡Ay, mi señora Andrea!

AND. (Desde lejos y mirándole.) ¡Qué veo! ¡Un circasiano con la cara de Beltran!

BELT. No. Es Beltran con la cara de circasiano.

AND. ¡Misericordia! ¿Quién lo ha puesto asi?

BELT. (Pasando á sentarse en el divan con muestras de cansancio.) ¡Mis pecados! ¡Uf! (Dejándose caer en el divan.) ¡Tres leguas al escape!

AND. ¡Y se sienta el muy descarado!... (Acercándose á él.) ¡Decid, infame! ¡Decid, mal cristiano! ¿De dónde venis de ese modo?

BELT. (Levantándose de repente.) ¡De los infiernos!

AND. (Retrocediendo.) ¡Ay!

BELT. (¡Que no otra cosa es aquella maldita aldea!) (Viniendo azorado al lado de Andrea.) ¡Señora Andrea, ya podeis encomendar vuestra alma á Dios!

AND. (Asustada.) ¿Qué decis?

BELT. ¡Que como no andemos listos, nos vamos á quedar sin cabeza!

AND. ¡Ánimas benditas!

BELT. (Inquieto.) ¿En dónde está el amo? ¿En dónde está el señor Conde?...

AND. No os presenteis á él con ese traje.

BELT. ¡Si, bonita es la ocasion para andarse con etiquetas!... (La coge de la mano y la dice con acento sombrio.) ¡Esta noche nos vendimian!

AND. ¿Cómo?

BELT. ¡Como lo ois! La cosa no se hará mucho esperar. ¿Pero dónde está el amo?

AND. Ha ido á ver las danzas.

BELT. ¿Si? Nosotros si que vamos á danzar.

AND. ¿Á danzar?

BELT. (Queriendo irse.) Dejadme buscar al señor Conde.

AND. (Deteniéndole.) Pero acabad: ¿qué pasa?

BELT. ¡Qué ha de pasar! Que vienen contra nosotros todos los circasianos de la montaña.

CONDE. ¡Dios nos asista!

BELT. (Con triste acento.) Figuraos qué desolacion!... Los cristianos seremos hechos trizas! ¡se llevarán á todas las cristianas!!... (La mira de pronto y dice con naturalidad.) No... á vos os dejarán aqui.

AND. ¡Buen consuelo... cuando no haya quedado piedra sobre piedra!

BELT. ¡Si... de esta hecha los circasianos concluyen con nosotros! (En este momento el Conde é Isabel aparecen por la

primera puerta derecha, y oyen las palabras de Beltran.)

ISAB. (Adelantándose.) ¡Cielos!

CONDE. (Id. y con severidad.) ¿Qué estás diciendo?

BELT. (Cae de rodillas.) ¡Señor, perdonad! Pausa.)

CONDE. (Mirándole con extrañeza.) ¿Qué traje es ese, miserable? ¿Por qué estás asi vestido?

BELT. Estoy asi vestido, porque...

CONDE. (Vivamente.) Levanta.

BELT. (Levantándose y hablando azorado.) Basteos saber, señor, que á este disfraz le debo el haber descubierto la conjuracion... que los circasianos han fraguado en la montaña.

CONDE. (Con extrañeza.) ¡Una conjuracion!

BELT. Si, señor; de acuerdo con los habitantes de la ciudad.

CONDE. Imposible.

BELT. No lo dudeis. Á estas horas se habrán introducido en Valka centenares de enemigos, con el pretexto de asistir á la fiesta... en tanto que otro gran número de ellos espera en las inmediaciones el momento de la lucha.

CONDE. (Severamente.) Piensa que si me engañas...

BELT. (Insistiendo.) Si los acabo de ver yo mismo. Todo lo sé: ¡os lo juro! Oidme, por caridad! (El Conde le presta mas) atencion.) Uno de esos condenados debe penetrar en este palacio, llegar hasta donde vos esteis... y daros la muerte.

ISAB. (Acercándose vivamente al Conde.) ¡Ah, padre mio!

AND. (Afligida.) ¡Señor!

CONDE. (Vivamente á las dos.) Silencio. (Á Beltran.) Continúa.

BELT. En seguida debe asomarse á uno de vuestros balcones y gritar: «¡Valka es libre!» ¡Esta será la señal de que no existis... y entonces... empezará la degollina!

AND. ¡Santo Dios... Santo fuerte!

ISAB. (Al Conde.) ¡Oh, no me separaré de vuestro lado!

BELT. (¡Quién se pudiera meter en lo mas profundo de la tierra!..)

CONDE. ¡Asi pagan mi clemencia! (De pronto, viendo la afliccion de los otros.) ¿Qué es esto? ¿Lágrimas? ¿Temores? ¡Vive el cielo!... yo existo todavia!... poseo el secreto de su traicion... y ni un solo rebelde vá á escapar esta noche con vida! (A Beltran con imperio.) ¡Llama á los oficiales de mi guardia!

BELT. Corriendo. (Echa á correr hácia el fondo.)

CONDE. (Como antes.) Espera.

BELT. (Viniendo corriendo del fondo.) Señor.

CONDE. Llama tambien al capitan de mis arqueros.

BELT. (Echando á correr al fondo.) ¡Ajá! Esto se vá animando.

CONDE. ¡No! Detente. (Beltran vuelve corriendo.) Yo mismo quiero ir... (Á los tres en voz baja.) Mucho sigilo sobre todo. Que nuestros enemigos no sospechen que hemos descubierto su infame trama.

ISAB. ¿Pero qué intentais?

CONDE. Hacerles caer en el lazo que ellos me han tendido. ¡Ah! Que no me hablen esta vez de generosidad ni de clemencia, porque no la tendré con ninguno. (Á Beltran.) ¡Al punto ensilla mi caballo!

BELT. (Yéndose y aparte.) ¡Malo! ¡Esto es que vamos á correr!

ISAB. ¡Ah! ¡Vuestra existencia antes que todo!

CONDE. Tranquilízate, Isabel. Retírate á tu cuarto... (Pasándola á su derecha.) y nada temas por mí. Yo te aseguro...

ISAB. ¡Padre mio!

CONDE. (Á Andrea.) ¡No os separeis de ella! (Á las dos con energía.) ¡Pronto vereis cómo escarmiento para siempre á esos traidores! (Se vá por el fondo. Pausa. Isabel en un lado y triste. Andrea en otro lado.)

ESCENA IV.

ANDREA, ISABEL.

AND. ¡Jesus! ¡Jesus! Cuando mas descuidada estaba una!...

ISAB. ¡Solo faltaba á mi corazon esta nueva inquietud!

AND. ¡Asi provocan el terrible enojo de vuestro padre! Pobre del primero que se aventure... ¡Ay, Vírgen Santa!

ISAB. (Volviendo la cabeza.) ¿Qué?

AND. Y la circasiana que mandasteis conducir aqui...

ISAB. (Viniendo con inquietud al lado de Andrea.) ¡Es cierto! ¿Dónde está?

AND. En los jardines, espera que te espera. Si la llegan á ver...

ISAB. (Inquieta.) ¡Corre! No expongamos su libertad... y acaso su vida.

AND. ¿Aun quereis hablarla?

ISAB. No, no. Cuando mi padre peligra no debo pensar... ¡Vé! Díle que me es imposible recibirla... Que te confie á tí

la respuesta que ha venido á traerme.

AND. ¿Una respuesta?

ISAB. Si. Ya sabrás... Recomiéndale sobre todo que se vuelva al instante á su aldea.

AND. ¡Pero sin enterarla de lo que hay!

ISAB. ¡Oh! no. Eso seria peligroso. Ella ademas ignora quién es mi padre...

AND. Y tampoco sabe que este es el palacio del gobernador. Yo la introduje como me mandásteis por la puertecita que comunica con la casa del jardinero...

ISAB. (Impaciente.) Bien. Dáte prisa.

AND. Voy, voy volan... (Se dirige á la puerta del ángulo derecha frente al público. Al llegar, la puerta se abre de par en par y aparece del lado afuera Zelia, que permanece sin entrar. Viene pálida, abatida y dominando su profundo pesar.) ¡Cielos!

ESCENA V.

DICHAS, ZELIA.

ISAB. ¡Es ella! (Retrocede de modo que Zelia no pueda verla. Pausa.

AND ¿Cómo habeis llegado hasta aqui?

ZELIA. (Con voz entrecortada y breve) No lo sé. Ya me cansaba de esperar.

AND. ¡Me gusta! Asi os lanzais á la ventura... Mi señora no puede recibiros. Voy á guiaros de nuevo...

ZELIA. No. Es preciso que yo la vea. (Entra velozmente.)

AND. ¡Calle!

ISAB. (Adelantándose y como excusándose.) ¡Zelia!

ZELIA. ¡Ah! (Con ironia y contemplándola.)

ISAB. No extrañeis que á pesar de la cita que os dí... (Se dirige velozmente á Andrea que está un poco al fondo.)

ZELIA. (En el proscenio) (¡La miro y no quebranto mi promesa!)

ISAB. (Á Andrea junto á la puerta del fondo y aparte.) Sal. Observa si alguien puede sorprendernos.

AND. Pero cuándo me explicareis...

ZELIA. (En el proscenioy aparte.) ¡No puede ir mas allá mi sacrificio!

ISAB. (Andrea se vá. Isabel, viniendo apresuradamente al lado de Zelia, le dice con inquietud.) Si supiérais cuánto me inquieta vuestra venida...

ZELIA. (Con sorpresa é ironia.) ¡Qué! ¡No la deseábais!

ISAB. Hace una hora, no digo... pero en estos momentos...

ZELIA. (Como antes.) Cuando se esperan nuevas de un amante...

ISAB. (Con viva ansiedad.) ¿Me traeis noticias suyas?

ZELIA. (Con intencion.) ¡Yo misma no lo creo!

ISAB. Si, era tan incierto el encontrarle... ¡Ah, cómo recompensaros!... (Vá á cogerle una mano.)

ZELIA. (Retira la mano vivamente por un movimiento involuntario de repulsion. En seguida se domina y entre amarga sonrisa y pena dice disimulando.) ¡Ya lo estoy!

ISAB. Decis bien; porque mi gratitud y mi amistad serán eternas. Pero... (Inquieta de nuevo.) no quisiera que os detuviéseis aqui mucho tiempo. La noche está muy avanzada y en vuestra aldea pueden echaros de menos...

ZELIA. (Con cierta amargura.) ¡Á mí nadie me espera!

ISAB. No importa. Dadme pronto esas nuevas. ¿Le habeis visto, no es verdad? ¿Le habeis hablado? ¿Os ha prometido acudir á salvarme?

ZELIA. (Dominándose y respondiendo con esfuerzo.) Eso vengo á deciros

ISAB. ¡Ah, me volveis la vida! Gracias, Zelia. Mis esperanzas se reaniman, (Con animacion.) mi amor recobra sus muertas ilusiones, mi alma siente una felicidad... que no puedo explicaros!

ZELIA. (Mirándola y sonriendo forzosamente.) ¡Dá envidia el veros tan dichosa!

ISAB. (Con extrañeza y tono afectuoso.) ¿Envidia, Zelia? ¿Qué puede inspiraros tal sentimiento?

ZELIA. (Amargamente.) Mi suerte despiadada.

ISAB. ¿Vos sufris? ¡Ah, qué egoista he sido! Ni una sola vez os he preguntado por vuestro secreto amor. (Pausa. Se acerca á Zelia.) ¿Vive aun en vuestro pecho?

ZELIA. ¡Siempre!

ISAB. ¿Con alguna esperanza?

ZELIA. (Tristemente.) ¡Con ninguna!

ISAB. Pero el hombre á quien lo consagrais...

ZELIA. ¡Ama á otra!!

ISAB. (Con lástima.) ¡Teneis una rival!

ZELIA. (Al oir esta palabra le lanza una veloz mirada iracunda; pero la reprime prontamente y dice con acento breve y secamente.) Si. (Mirándola y animándose poco á poco.) Una rival... de quien yo, juguete miserable del destino, llegué á ser la mas sincera amiga! Una rival que me martiriza con su presencia, que me humilla con su hermosura, que me in-

sulta con las ilusiones de su amor! una rival... que á no ser por lo que he jurado... (Aumentando su ira.) al mirarla cara á cara... (Con gran fuerza.) la mataria solo con el fuego de mis celos!

ISAB. (Conmovida y apiadada, y á media voz.) ¡Zelia!

ZELIA. (Rompiendo en sollozos.) ¡Ah... no... no es ella!... ¡yo soy la que debo morir! (Pausa.)

ISAB. (Cariñosamente.) ¡Zelia, amiga mia!... ¡Oh, mucho debeis sufrir... lo comprendo! (Recordando con tristeza y hablando pausadamente y en voz baja.) Yo tambien... estos dias... en mis horas de soledad... creyendo mi amor en el olvido... yo tambien he estado celosa!... (Zelia la mira vivamente.) no lo extrañeis. Hay un recuerdo que á pesar mio... constantemente me persigue y me inquieta.

ZELIA. (Despacio y muy admirada.) ¡Á vos!

ISAB. Una noche... la última en que le ví... (Zelia la vá escuchando con gran interés y creciente emocion.) me habló de una mujer, de una compañera de su infancia...

ZELIA. (Muy vivamente.) ¿Os habló de ella?

ISAB. (Lentamente.) Si. Me contó que la profesaba un sincero cariño, que acaso algun dia la hubiera hecho su esposa... á no haberme conocido á mí!

ZELIA. (Con gran ansiedad.) ¿Qué estais diciendo?

ISAB. ¡Jamás lo olvido! (Se queda triste.)

ZELIA. (Ap. y separándose de Isabel, dice muy agitada por la emocion y la alegria.) Luego Kaide no me miraba solo como una amiga. Luego, segun le ha dicho... (Alegre y vivamente.) ¡Ah, no es que yo le soy indiferente!... no es que yo no le inspiro amor, no!... (Con fuerza de ira y señalando á Isabel que no la mira.) ¡Es que esta mujer me lo ha robado!

ISAB. (Prestando el oido hácia el fondo.) Siento rumor en esos corredores. (Sube al fondo.)

ZELIA. (Ap., erguida y con energia.) (¡Ah, ya no quiero ser la víctima que se resigna y calla! ¡quiero luchar!... su cariño era mio... (Con sarcasmo y energia.) y ella misma me lo ha dicho... ella misma!)

ISAB. (Bajando del fondo vivamente.) ¡Viene gente! ¡Si os sorprendiesen aqui... si os detuvieran!...

ZELIA. ¡Detenerme! ¡Oh, no; es fuerza que yo parta!

ISAB. Y Andrea, que no acude á guiaros...

ZELIA. Yo misma buscaré la salida. (Dirigiéndose á la puerta del ángulo derecha frente al publico.)

ISAB. Pues bien: volveos al punto á vuestra aldea y sed dichosa!

ZELIA. (Desde la puerta y con voz solemne.) El cielo decidirá! (Desaparece cerrando tras sí.)

ISAB. ¡Dios mio! ¡Si no acertara!... (Dirigiéndose al fondo.) ¡Andrea! ¡Andrea! (Llamando.)

ESCENA VI.

ISABEL, BELTRAN, azorado.

BELT. (Saliendo por el fondo.) Esto se pone sério!

ISAB. ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Qué traes?

BELT. ¡No sé! ¡Creo que mucho miedo!

ISAB. ¡Chis! Habla bajo. (Mirando á la puerta por donde se fué Zelia.) (Si aun pudiese oirlo...)

BELT. (Asustado y alzando la voz.) ¿Eh? ¿Pues quién anda por ahí?

ISAB. ¡Silencio! ¡Baja la voz te digo! (Con misterio y á media voz.) ¿De dónde vienes?

BELT. (Tambien con misterio y á media voz.) De la cuadra.

ISAB. (Séria y con extrañeza.) ¿Cómo?

BELT. De ensillar el caballo.

ISAB. ¿No has visto á Andrea?

BELT. ¿Pero por qué hablamos tan?...

ISAB. Responde. ¿No la has visto?

BELT. ¿Al aya? El señor Conde la ha mandado que se vaya á vuestro cuarto mas que de prisa.

ISAB. ¿Á mi cuarto?

BELT. Y vos hareis bien en retiraros cuanto antes.

ISAB. ¿Pues qué ocurre?

BELT. Que nuestras tropas se han emboscado sigilosamente en los alrededores de la plaza y junto á las puertas de la ciudad, y que el señor Conde ha mandado que se deje entrar en este palacio á todo el mundo.

ISAB. (Con extrañeza.) ¿Á todo el mundo?

BELT. Si, señora. Su plan es que el traidor que intente asesinarle, pueda subir libremente á sus habitaciones.

ISAB. (Sobresaltada.) ¡Á sus habitaciones!

BELT. ¡Oh! Por eso no hay cuidado. En ellas hay ocultos diez hombres de armas, y apenas el asesino penetre allí... recibirá la muerte.

ISAB. ¡Dios mio!

BELT. Entonces el señor Conde dará desde su balcon la misma señal que los rebeldes esperan. Estos al oirla se lanzarán á la insurreccion, pero cercados y envueltos por todas partes, ni uno solo escapará con vida.

ISAB. (Inquieta) Yo quiero ver á mi padre!

BELT. Vuestro padre no corre ningun peligro. Os lo aseguro. Todas las precauciones estan tomadas.

ISAB. (Insistiendo) Aunque no sea mas que un breve instante. En seguida me volveré á mi cuarto.

BELT. Allí acaba de enviar algunos arqueros para custodiaros.

ISAB. (Con encarecimiento.) Tú permanecerás á su lado, ¿no es así? Tú le defenderás... (Se dirige á la primera puerta derecha.)

BELT. ¡Vaya si le defenderé! Pues pocas ganas tengo yo...

ISAB. Sígueme. (Se vá por dicha puerta.)

BELT. (Solo y dándose valor.) ¡Animo, Beltran! (Pausa. Tose fuerte de pronto. Dá un salto de miedo, espantado de sí mismo, y echa á correr.) ¡Ejem! ¡Ay! ¡Hasta la tos me asusta! (Se vá por la primera puerta derecha.)

ESCENA VII.

ZELIA. Sale por la puerta del ángulo derecha y mira á todos lados con señales de impaciencia.

¡No está! ¿Y cómo hacer ahora? He hallado la verja del patio cerrada... y me es imposible salir á los jardines. ¡Dios mio! ¡Yo que debia estar ya al lado de mi hermano! ¡Al lado de Kaide, que tal vez á estas horas expone su vida! ¡Oh! ¡Esa mujer funesta es la causa de todos mis tormentos! Si al menos yo encontrase al aya... Siento pasos. (Mira al fondo.) ¡Dos hombres! (Entrando vivamente en la puerta del ángulo izquierda frente al público y cerrando.) ¡Ah! ¡Qué impaciencia!

ESCENA VIII.

KAIDE, DANIEL. Daniel sale por el fondo con gran precaucion y mira á todos lados. En seguida aparece en el umbral Kaide, embozado en una capa.

DAN. (En voz baja á Kaide.) Hemos llegado.

KAIDE. (Entrando y tambien en voz baja.) La fortuna nos protege,

Daniel.

DAN. Ya lo ves. Nadie nos ha detenido á la puerta.

KAIDE. Los centinelas parecian dormidos.

DAN. Y en todo el palacio reina la mas completa calma.

KAIDE. (Lentamente.) Si. Una calma... que casi me hace desconfiar.

DAN. (Sin avanzar al proscenio y señalando á la primera puerta derecha.) Aquella puerta es la que conduce á las habitaciones del gobernador. Tu disfraz te dará en ellas fácil entrada. Piensa que el tiempo urge: que si tu señal tarda, los nuestros impacientes se lanzarán á la pelea.

KAIDE. ¡Déjame!

DAN. (Con gravedad.) Un momento, Kaide. (Kaide lo mira y se adelanta dos ó tres pasos. Daniel, sin ser visto, alza los ojos al cielo, suspira calladamente y viene al lado de Kaide, á quien dice con grave entonacion y siempre en voz baja.) En esta hora solemne, cuando puedo morir en la lucha que se prepara... la santa voz de mis deberes me manda sacrificarlo todo por la felicidad de una pobre huérfana.

KAIDE. ¿Hablas de Zelia?

DAN. Si. ¡Durante muchos años la he servido de hermano, de segundo padre!—Si otro afecto hubiera podido sentir hácia ella... ¡Dios lo habria hecho imposible! ¡Estoy seguro!

KAIDE. ¿Cómo?

DAN. ¡Ah! ¡No! ¡Nada debe empañar la pureza de aquel inocente cariño! (Enternecido.) Kaide.— ¡Si yo muero en el combate, á esa pobre niña no le queda mas apoyo que tú! ¡Piensa que la encomiendo á tu honor!

KAIDE. ¡Oh! Yo te juro...

DAN. (Con intencion.) Piensa que no hay mujer mas digna de ser amada!

KAIDE. (Con extrañeza.) ¿Qué quieres decir?

DAN. ¡No me pidas explicaciones, Kaide! ¡Tú no puedes comprenderme, ni yo puedo decirte mas! Los instantes pasan. Dáme tu mano... (Estrechándola.) y que la voluntad de Dios se cumpla! (Váse por el fondo.)

KAIDE. ¡Espera! (Pausa.) ¡Qué significan sus palabras? No adivino... (Pausa.) ¿Por qué me hablaba tan turbado? ¡Ah! No lo extraño. Á mí tambien me late el corazon con violencia... y sin embargo no es con el puñal del asesino... sino con el acero del soldado... y peleando cara á cara... como vengo á arrancar la vida al matador de mi padre.

(Pausa.) Pero... el misterio... el silencio, ¡los muros que me cercan! (Con mas fuerza.) ¡Ah mis osadas correrias de la vega! ¡Prefiero mil veces vuestros peligros... á esta fácil empresa... que tiene todo el aspecto de una asechanza de traidores! Acabemos. ¡De mí depende la libertad de un pueblo entero! ¡Que el cielo me proteja! (Se dirige resueltamente hácia la primera puerta derecha. En este momento Zelia ha entreabierto la del cuarto en donde está oculta, y dice desde allí aparte y mirando á Kaide, que en este momento está de espaldas.)

ZELIA. ¿Me engañan mis ojos?

KAIDE. (Al llegar á la primera puerta derecha se detiene y dice:) Bajan por la escalera! (Se vuelve vivamente y se oculta en el ángulo que forma la habitacion.)

ZELIA. (Reconociéndole, dice aparte y celosa.) (¡Kaide! Viene á ver á su amante cuando yo le creia...)

ISAB. (Apareciendo en el umbral de la primera puerta derecha y hablando con Beltran que la acompaña.) Si. Me retiro mas tranquila. Adios, no te separes de él.

KAIDE. (Desde el ángulo, con gran sorpresa.) (¡Esa voz!...)

BELT. (Desde el umbral y yéndose por la misma puerta.) Recogeos pronto. (Desaparece.)

ISAB. (Viniendo lentamente al centro de la escena.) ¡Ah! ¡Quiera Dios que segun me ha dicho... nada suceda al fin esta noche!

KAIDE. (Saliendo del ángulo.) ¡Es ella!

ISAB. (Retrocediendo.) ¡Un embozado!

KAIDE. (Con grandísimo asombro.) ¡Isabel!

ISAB. (Reconociéndole.) ¡Ah! ¡Vos aqui!

KAIDE. (Confundido.) ¿Qué es esto, cielos?

ISAB. ¿Cómo? No bien he recibido vuestro mensaje... y os presentais tan de improviso... en estos momentos...

ZELIA. (Que observa desde la habitacion en donde está oculta.) (¡Ah!)

KAIDE. (Con suma agitacion.) ¡Explicaos, Isabel, explicaos! ¡Porque... hay aqui un arcano que me aterra!

ISAB. ¿Un arcano?

KAIDE. ¿Vos habitais en este palacio?

ISAB. ¡Si!

KAIDE. (Mas inquieto.) Entonces el Conde de Rosen... el gobernador de Valka...

ISAB. Es mi padre.

KAIDE. (Aterrado.) ¡Su padre!

ZELIA. (Ap. desde donde está.) ¡Justicia divina!

CANTO.

TERCETO.

ISAB. (Á Kaide, extrañando su gran turbacion.)
¿Qué os asombra?
¿Por qué tan turbado?
Aunque temo
de un padre el rigor,
(Cariñosa.) ¡ay! al veros
de nuevo á mi lado,
su esperanza
recobra mi amor!

KAIDE. (Ap.) ¡Desdichada fatal suerte mia!
¡Hora horrible de espanto y dolor! (Pausa.)

ISAB. (Afectuosamente.)
La noche que en la vega
por vez postrera os ví,
á vuestro amor esquiva
sin yo quererlo fuí.
Mi labio os engañó,
yo misma no creí
que vuestra ausencia fuera
la muerte para mí!

Á UN TIEMPO.

KAIDE. (Ap.) ¡Mi acero vengador
se vuelve contra mí!
¡ay, á su voz amante
no puedo resistir!

ZELIA. (Ap desde la puerta.)
(El eco de su amor,
que llega dulce aqui,
celosa ardiente llama
está encendiendo en mí.)

ISAB. ¡Mi labio os engañó!
Yo misma no creí
que vuestra ausencia fuera
la muerte para mí!

—

En mi padre,
que tanto me adora,
debeis confiar.

KAIDE. (Asaltado del recuerdo del Conde.)
(¡Ah!)

ISAB. ¡Qué mas dicha
que vernos unidos!
¿No es verdad?

KAIDE. (Indeciso.) ¡Isabel!

ISAB. (Muy cariñosa.)
¿No es verdad?

KAIDE. (¿Y soy yo quien tal dicha destruye?)
No su amor es primero.
(Gran rumor dentro.)

ISAB. ¡Callad!

VOCES. (Del pueblo dentro.) ¡Kaide! (Como ecos perdidos.)

KAIDE. ¡Oh!

VOCES. (Del pueblo dentro.) ¡Kaide!

ISAB. (Aterrada.) (¡Rumor siniestro!)

KAIDE. (¡Mi sangre hiélase!)

ZELIA. (¡Ay, si á su patria
llega á olvidar!)

KAIDE. (¡Valor! ¡qué dudo!)
(Corre hácia la primera puerta derecha.)

ISAB. (Siguiéndole.)
¿Adónde vais?

KAIDE. (Al llegar al umbral se detiene á la voz de Isabel, turbado é indeciso.)
(¡Me es imposible!
¡Oh, no! ¡jamás!)

VOCES. (Del pueblo dentro.) «¡*Kaide*!!» (Isabel vuelve á manifestar su miedo. Kaide, como tomando una resolucion, se dirige á Isabel y le dice tiernamente.)

KAIDE. Si cual yo que te idolatro,
tú me quieres, prenda mia,
ven, huyamos dó la suerte
mas dichosa nos sonria!
Olvidando al mundo entero
á tus pies me postro yo.
Ven, hermosa, solo quiero
(De rodillas.)

ser esclavo de tu amor!!
¡Ven, huyamos!
¡Ven, mi amor!...
¡Ven, oh cara prenda mia!
por tí al mundo olvido yo.

ISAB. (Con extrañeza.)
Ese lenguaje...
¡Ah! ¡quién creyera! (Se separa de él.)

KAIDE. (Con resolucion la coge de la mano y vá á llevársela.)
¡Ven, Isabel.
Partamos!

ZELIA. (Saliendo vivamente y presentándose en medio de los dos con decision.)
¡No!

ISAB. } (Sorprendidos y separándose.)
KAIDE. } ¡Zélia!

ZELIA. (En medio.) ¡Zélia!
¡La misma soy!

—

(Á Kaide, con energia y figurando que Isabel no la oye.)
De tus hermanos
la voz te llama.
Ya sorda ruge
la rebelion!
Salva á tu patria!
Llegó la hora!
¡Parte!

KAIDE. (Dudando.) ¡Un momento!

ZELIA. (Con prontitud y energia.)
¡Parte!

KAIDE. ¡Gran Dios!

ZELIA. (Ap. á Kaide.)
Tú, del pueblo la sola esperanza,
tú el caudillo de invicto valor,
á los pies de una hipócrita vendes
tu vida,
tu gloria,
tu patria y tu honor!

KAIDE. (Ap. y conmovido.)
¡Ah, mis fieles,
mis pobres hermanos!
Perdonadme

si ciego de amor
á los pies de Isabel olvidaba
mi vida,
mi patria,
mi gloria
y mi honor!

ISAB. ¡Ay de mí, que sin alma y cautiva
en los pérfidos lazos de amor,
no miré que tenaz arriesgaba
mi fama,
mi dicha,
mi gloria
y mi honor!

HABLADO.

ZELIA. (Á Kaide, enérgicamente y señalándole la primera puerta derecha.) ¡Apresúrate!

ISAB. ¡Pero Dios mio! (Á Kaide.) ¿Quién sois? ¿Qué es lo que quiere esta mujer?

ZELIA. Esta mujer quiere que no sea traidor á su patria. Quiere... Quiere que no os ame, ¿lo entendeis?

ISAB. ¡Qué oigo!

KAIDE. ¡No amarla yo!

ZELIA. ¡Calla, calla... si no pretendes que yo muera!...

KAIDE. ¡Cielos! ¿Qué dices?

ISAB. Entonces... vos, que os llamábais mi amiga, vos que me habeis traido esta misma noche un mensaje suyo, acabad de una vez. ¿Qué es esto? ¿Quién es el hombre que empieza á despertar mis recelos... y que asi sufre vuestras duras palabras?

ZELIA. (Con energia.) Ese hombre es..

KAIDE. (Vivamente.) ¡Detente!

ZELIA. (Con resolucion.) ¡Ese hombre es Kaide! El caudillo de los circasianos de la sierra.

ISAB. (Aterrada.) ¡Cielos!!!

KAIDE. (Acudiendo á su lado.) ¡Isabel!

ZELIA. (Señalando á Kaide.) ¡Ese es vuestro amante!

ISAB. (Con horror.) ¡Mi amante! ¡Un enemigo de mi Dios y de mi patria! (Á Kaide.) ¡Apartad! (Sollozando.) ¡Oh! ¡Qué horrible engaño!

KAIDE. ¡Zelia! ¿Qué has hecho? (Sordos rumores dentro.)

ZELIA. (Aparte á Kaide.) ¡Escucha! Escucha al pueblo, que ruge impaciente como las olas de la mar... y tu señal no suena. ¿Quieres abandonarlos? ¿Quieres entregarlos al bárbaro matador de tu padre?

KAIDE. (Estremeciéndose.) ¿Qué me recuerdas?

ISAB. (Con sobresalto y saliendo un poco hácia el fondo.) Otra vez ese extraño rumor...

KAIDE. ¡Ah! ¡Retroceder es ya imposible! (Se dirige resueltamente á la primera puerta derecha y desaparece por ella.)

ISAB. (Que lo vé, viene vivamente al lado de Zelia y le dice.) ¿Adónde vá?

ZELIA. (Con energia.) Á cumplir su juramento.

ISAB. ¿Su juramento? Explicaos. ¿Qué nuevo infortunio me amenaza?

ZELIA. ¡No me lo pregunteis!

ISAB. ¡Cómo! ¡Hablad! ¿Por qué se ha dirigido á esas habitaciones? ¡Vuestras palabras! ¡Su misma turbacion! (De pronto y adivinándolo todo.) ¡Oh! ¡Dios mio!

ZELIA. (Intentando retirarla de allí.) ¡Alejaos! ¡Alejaos de estos sitios!

ISAB. (Con terror.) ¡Ese hombre es el que quiere asesinar á mi padre!

ZELIA. ¡No! Sino combatir noblemente con él.

ISAB. ¿Qué decis? (Vivamente.) ¡Ah! Detenedle! Está perdido sin remedio!

ZELIA. (Con sorpresa y gran interés.) ¿Perdido?

ISAB. Si. Su traicion ha sido descubierta, y vá á caer en poder de los soldados que le acechan para darle muerte!

ZELIA. ¡Ah! (Corre desolada á la primera puerta derecha, que está cerrada ya.)

ISAB. (Desde el centro de la escena.) ¡Que huya de aqui! ¡Yo le perdono!

ZELIA. (Queriendo en vano abrirla.) ¡Cielos! ¡Han cerrado por dentro esta puerta!

ISAB. ¡Ah! Si no fuese tiempo...

ZELIA. (Viniendo al lado de Isabel.) ¡Vos acudireis á salvarle! ¡Por fuerza habrá otra escalera! ¡Volad! Decid á vuestro padre...

ISAB. ¡Á mi padre!... No. Su enojo es terrible, y en vano yo intentaria...

ZELIA. (Suplicante.) ¡Ah! ¡No os vengueis ahora de entrambos!

(Sollozando.) Yo renunciaré á él si es preciso... Yo... (Arrodillándose á los piés de Isabel.) Yo haré lo que querais.. ¡pero salvad su vida!

VOCES. (Del pueblo. Dentro.) ¡Valka! ¡Valka!

ISAB. ¡Oh! ¡Ya es tarde!

ZELIA. ¡Tarde! ¡Es imposible! (Se levanta.)

ISAB. ¡Si! ¡Esa era la funesta señal! (Asomándose á una ventana de la derecha.) ¡Nuestros soldados corren en tropel por esas galerias!

ZELIA. (En el lado izquierdo de la escena.) ¡Kaide! ¡Mi Kaide! (En este momento un vivo resplandor rojizo penetra por la ventana iluminando la escena.)

ISAB. (Dá un grito y se retira viniendo al lado de Zelia.) ¡Ah!

ZELIA. Ese resplandor... (Corre á la ventana y mira.) ¡Mirad, los aceros brillan al fuego del incendio!

ISAB. ¡Padre mio! (Se oyen rumores y el choque de las armas.)

ZELIA. (Acercándose á la puerta del ángulo derecha frente al público.) Combaten en este patio... tambien han cerrado la puerta. (Todas inclusa la del foddo estan cerradas.)

ISAB. ¡Es imposible la salida! (El resplandor de las llamas se vé por las ventanas y por debajo de las puertas.)

ZELIA. Pues bien. Cúmplase nuestra suerte. Yo sin Kaide no quiero la vida! (Coge á Isabel de la mano y dice resueltamente y deteniéndola.) Morid aqui conmigo.—¡Vos, causa fatal de nuestras desventuras!

ISAB. (Queriendo soltarse. Los rumores crecen y los ecos del motin.) ¡No! ¡Socorro! ¡Socorro!

ZELIA. No lo esperemos. ¡Nadie puede oirnos! (Isabel se suelta de Zelia, vá á huir, pero en este momento un pedazo del primer muro de la izquierda cae y penetran por él llamas. Isabel asustada se apoya en el divan, casi desfallecida.)

ISAB. ¡Ah! ¡Las fuerzas me abandonan!

ZELIA. (Contemplándola conmovida.) ¡Vacila! Vá á perecer.—¡Y yo acaso podria salvarla! (Con fuerza y resolucion.) ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Yo tambien sé perdonar! (Corre adonde está Isabel y la levanta resueltamente.) ¡Alienta! ¡Ven... y el cielo nos proteja! (Las dos, asidas de la mano, se dirigen corriendo á la puerta del fondo. Al llegar al centro de la escena, los muros del fondo y los laterales caen en ruinas y devorados por las llamas. Música en la orquesta. Zelia é Isabel dan un grito de horror. Zelia sostiene á Isabel y retrocede con ella hasta el proscenio izquierda. Al caer los muros y al toque de clarines se vé la ciudad,

cuyos principales edificios devora el incendio y en cuyas calles combaten los circasianos con los soldados del Conde. Unos escalan los fuertes, otros pelean entre el incendio, etc. Al rumor de las armas se mezcla el toque de los clarines y los gritos de guerra. Mulak, con una tea encendida en una mano y la bandera en la otra, está sobre unas ruinas animando al pueblo. Este cuadro dura lo que la música que toca la orquesta. Los soldados rusos van arrollando á los circasianos, que se dispersan vencidos en varias direcciones. Zelia é Isabel han permanecido en el proscenio izquierda, contemplando aterradas la lucha. Despejadas las calles de la ciudad, se vé á Sain, que seguido de seis circasianos penetra en la escena por entre las ruinas, y exclama á los suyos señalando con ira á Isabel.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHAS, SAIN, DANIEL, el CONDE, KAIDE, el ALFEREZ, BELTRAN, SOLDADOS.

SAIN. ¡Esa es la hija del Conde! ¿No la visteis á su lado en el balcon?

ZELIA. Sain... ¿qué intentas? (Poniéndose delante.)

SAIN. ¡Perezca toda su raza!

TODOS. ¡Si!

ISAB. ¡Gran Dios!

DAN. (Saliendo por la izquierda acero en mano y seguido de varios circasianos.) ¡Deteneos! Yo no os he traido para asesinar á una mujer, sino para combatir contra nuestros tiranos.

SAIN. ¡Daniel!

DAN. (Defendiendo á Isabel.) ¡Ay de aquel que dé un paso mas!

SAIN. ¿Tú la defiendes cuando los nuestros huyen derrotados? Cuando Kaide á estas horas...

ZELIA. (Con ansiedad.) ¡Acaba!

VOCES DENTRO. ¡Muera!

SAIN. ¡Oye el clamor de sus enemigos!

ZELIA. ¡Kaide! (Varios soldados rusos traen á Kaide por la primera puerta derecha. El Conde viene con ellos y exclama.)

CONDE. Al punto. Sirva su muerte de escarmiento á esos traidores!

ISAB. (Desde el extremo izquierda.) ¡Padre mio!

DAN. ¡Era él! Conde. (Desde lejos al Conde y teniendo á Isabel de la mano.) ¡Tu hija está en mi poder! ¡Pudiera exigirte vida

por vida!

CONDE. (Estremecido y en voz baja.) ¡Cielos!

DAN. Si eres noble y valiente... aprende de mí á ser generoso. (Suelta á Isabel, pasándola al otro lado para que se reuna á su padre.)

ISAB. (Corriendo al lado del Conde y abrazándole.) ¡Señor...

CONDE. ¡Oh!

ZELIA. (Al Conde.) ¡La vida de Kaide! ¡Por piedad!

CONDE. ¡Piedad... para un traidor que trajo á mi palacio la muerte y el incendio!

KAIDE. ¡Conde!

ZELIA. (Vivamente y adelantándose con resolucion.) ¡Conde! ¡Kaide es inocente! ¡Si quieres vengarte de quien ha puesto fuego á tu palacio... mírame, yo he sido!

CONDE. ¿Tú?
KAIDE. ¿Qué dices?
DAN. ¿Qué dices?
ISAB. ¿Qué decis?
(Á un tiempo.)

ZELIA. (Conmovida.) ¡Yo. Cree en mis palabras! Kaide no ha penetrado aqui como enemigo. Kaide ha venido á tu palacio esta noche... á ver á tu hija... á quien ama... y de quien es amado!!

CONDE. ¡Qué oigo!

ZELIA. Esta es la verdad: yo sola merezco tu castigo. (El Conde se acerca severo á Isabel. Kaide y Daniel consternados se acercan á Zelia, que ha avanzado un poco mas al proscenio.)

DAN. ¡Zelia!

KAIDE. ¿Qué intentas?

ZELIA. (Bajo á Kaide y conmovida, pero con dignidad.) ¡Vive... sé tú feliz con ella... y deja que yo muera!

DAN. (Conmovido.) ¡Hermana mia!

KAIDE. ¡Oh, jamás... pobre mártir... jamás!

CONDE. (Bajo á Isabel.) Isabel, si fuera cierto que tú...

ISAB. ¡Perdon, padre mio! Yo, sin conocerle, presté oidos á sus amantes ruegos. ¡Perdon para todos... y yo daré gustosa mi mano al hombre á quien me destinais!

CONDE. (Con enojo.) ¡Perdon para todos!

ALF. (Saliendo por el fondo, al mismo tiempo que los soldados han ocupado las calles, cubriendo todo el fondo.) Señor Conde, nuestra victoria es completa: nuestros enemigos huyen dispersos...

CONDE. Basta.

KAIDE. (Al Conde, enérgicamente.) ¡No: acaba tu obra! El principal culpado soy yo, que te buscaba para combatir contigo cuerpo á cuerpo! Para vengar á Zemir-Kan, mi padre, á quien en un tiempo diste la muerte.

CONDE. ¡Á tu padre! (Mirándolo sorprendido.)

ISAB. ¡Oh, que eso disculpe su osadia, padre mio!... (Cayendo de rodillas.) ¡Por compasion!....

CONDE. (La levanta y en seguida adelantándose al proscenio, mira á Daniel, que está en un extremo, y le dice gravemente:) Tú... que me decias que aprendiera de tí á ser generoso. Si nos hubiérais vencido... ¿perdonaríais como yo os perdono?

DAN.
KAIDE.
ZELIA. } ¡Conde!

ISAB. (Con alegria.) ¡Los perdonais!

CONDE. (Noblemente.) Si. Que lleven á sus montañas la fama de nuestro poder y de nuestra clemencia!

ZELIA. ¡Kaide, Daniel! (En medio de entrambos, con alegria.)

KAIDE. (Á Zelia, con cariño.) ¡Ah! El cielo me hará olvidar lo pasado para poder pagarte tu sublime generosidad!

BELT. (Saliendo vivamente con el cabello descompuesto y con señales en su traje de haber estado en medio del incendio.) ¡Victoria! Hemos vencido... y á mí me han chamuscado. (Rompen las músicas.)

CANTO.

TODOS.

Hoy que nos dá la gloria
su noble galardon,
corone la victoria
magnánimo perdon.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 9 *de Marzo de* 1860.

El censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

ninio de un inocente.
r y el trabajo.
de familia.
es, á Marruecos!
ore.
el inclusero.
r honra.
gunda.
Arco.
Nápoles.

Dios.
Romeo.
rones del vicio.
ra.
copa de oro.
e llamo, ó carbonero
o.
s de la niña.
a vengadora.

de la casa.
s de mármol.
l Rey poeta.
nias, ó cada loco con
.
e Colás.

Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La duquesa de Iprest, ó Genoveva de Brabante.
La duquesa, ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre.
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del Puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo.
La casa del diablo.
Las aves de paso.
La fuerza contra la ley.
La senda de espinas.
La linterna de Diógenes.
Las dulzuras del poder.
La novela de la vida.
La torre de Garán.
La escuela de las madres.
Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.

Matilde.
No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmeralda

Oráculos de Talia, ólos duendes de palacio.

Protector y protegido.

Quebrantos de amor.
Quemar las naves.

Represalias.

Secretos del destino.

Tambien en amor se acierta, pero es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Un hijo natural.
Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

n acto.

Valladolid.
ste caballero.
ra.

a y alcohol.
ero.

de reinado.
o. *(La música.)*

almuerzo.
La música.)
el archiduque.
.
amberi.

s que está puesta

te. *(La música.)*
.

uanita.
ey. *(La música.)*

La flor de la serrania.
La tierra de Maria Zantizima.
Las distracciones.
La vieja y el granadero.
Pablito.

Un caballero particular.

En dos actos.

Bruschino.

El postillon de la Rioja.
Entre mi mujer y el negro.

La cola del diablo.
La corte de Mónaco.

Marina. *(La música.)*

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Azon Visconti. *(La música.)*
Amor y misterio.
Amar sin conocer.

Beltran el aventurero. *(La música.)*

Cárlos Broschi.
Catalina.
Campanone.

El sueño de una noche de verano.
El daminó azul. *(La música.)*
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el fancero voluntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.
El planeta Venus. *(La música.)*
El Juramento.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. *(La música.)*
La caceria real. *(La música.)*
La Pasion. (drama sacro-lirico.)
Los comuneros.
Los circasianos.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Albacete.	Perez.
Avila.	Garcés.
Algeciras.	Joarizti.
Alcoy.	Poyá é hijo.
Aranjuez.	Prado.
Almaden.	Quiroga.
Avilés.	Sanchez del Rio.
Barcelona.	Mayol.
Búrgos.	Hervias.
Bilbao.	Astuy.
Badajoz.	Carpizo.
Bejar.	Bueno é hijo.
Baza.	Fernandez.
Baeza.	Segura.
Borja.	Cadenas.
Cádiz.	A. de Cárlos.
Castellon.	Perales.
Córdoba.	Lozano.
Coruña.	Lago.
Cáceres.	Valiente.
Ciudad-Real.	Arellano.
Cuenca.	Mariana.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Julian.
Ceuta.	Ibañez.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Carmona.	Perez.
D. Benito.	Sanchez Barroso.
Ecija.	Garcia.
Ferrol.	Tajonera.
Figueras.	Delhom.
Granada.	Zamora.
Gerona.	Dorca.
Guadalajara.	Oñana.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Guadix.	Tornez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Huelva.	Osoruo é hijo.
Huesca.	Guillen.
Huescar.	Ruiz.
Haro.	Quintana.
Jaen.	Hidalgo.
Jerez de la Frontera.	Alvarez Aranda.
Leon.	Viuda é hijos de Miñon.
Lérida.	Blasco.
Lugo.	Viuda Pujol y Hermano.
Logroño.	Verdejo.
Lorca.	Gomez.
Loja.	Cano.
Linares.	Carrasco.
Lucena.	Cabezas.
Llerena.	Guerrero.
Málaga.	Cañavatte.
Murcia.	Hs. de Andrion.
Mataró.	Abadal.
Manzanares.	Peñuelas.
Motril.	Ballesteros.
Mahon.	Vinent.
Mérida	Diaz.
Marto	Garcia.
Oviedo	Pruneda y Mántaras.
Orense.	Robles.
Ocaña.	Calvillo.
Osuna.	Montero.
Orihuela.	Berruezo
Pamplona.	Rios y Barrena.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma de Mallorca.	Gelabert.
Pontevedra.	Aspa.
Puerto de Sta. Maria.	Cobantes.
Puerto-Rico (Mayagües).	Maestre y Tomás.
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Rivadeo.	Torres,
Rioseco.	Pradanos.
Salamanca.	Huebra
Santander.	Hernandez.
San Sebastian.	Garralda.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Sevilla.	Alvarez Aranda.
Segovia.	Rebilla.
Soria.	Perlado.
Santiago.	Escribano.
San Fernando.	Tellez de Meneses.
Sanlúcar de Barrameda.	Esper.
S. Ildefonso (Granja).	Alderete.
S. Lorenzo (Escorial).	Juan José Rodriguez.
San Martin de Valdeiglesas.	Cisneros.
Segorve.	Mateo.
Tarragona.	Pujol.
Teruel.	Baquedano.
Toledo.	Hernandez.
Talavera de la Reina.	Sanchez de Castro.
Toro.	Tejedor.
Tuy.	Cruz.
Trujillo.	Bravo.
Torrevieja.	Vela.
Tudela.	Izalzu.
Tolosa.	La Lama.
Tarazona.	Veraton.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Vinaroz.	Ramirez Poy,
Villanueva y Geltrú.	Creus.
Vigo.	Fernandez Dios.
Ubeda.	Bengoa.
Zaragoza.	V. de Heredia.
Zamora.	Calamita.
Zafra.	Oguet.

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, cu principal.